

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



Moliere.

MOLIERE.

Juan Bautista Poquelin, célebre con el nombre de Moliere, nació el 15 de enero de 1622 en París, en la calle de san Honorato, esquina á la de las Estufas Viejas, -
25 de junio de 1845.

si enfrente de la del Arbol Seco, y no bajo los pilares del gran mercado, como ha hecho creer hasta ahora una falsa tradición. Su padre, dueño de una prendería con el título de *Pabellon de los monos*, quería que siguiese su misma profesion, por lo cual despues de instruirlo en lo perteneciente á su oficio, no hizo mas que enseñarlo á

TOMO III.

47

mal leer y escribir. Pero á los catorce años, el joven Poquelin manifestó tales deseos de salir de su estúpida ignorancia, y fué felizmente tan apoyado en sus súplicas por su abuelo materno, que decidieron enviarle, en clase de esterno, al colegio de Clermont (hoy colegio de Luis el Grande, calle de San Jacobo). Allí tuvo por condiscípulo á Armand de Bourbon, príncipe de Conti, hermano del gran Condé. En cinco años acabó sus estudios de humanidades y filosofía, en los cuales llamó la atención de Gassendi, profesor del joven Chapelle, hijo de un poderoso llamado Lhuiller, y fué admitido en la clase particular que aquel sábio destinaba á su discípulo y á algunos otros cuyos nombres han sido despues célebres, tales como Bernier, Hernant y Cirano de Bergerac. «Jamás hubo maestro tan ilustre, dice Voltaire hablando de Gassendi, ni que tubiese discípulos mas dignos. El les enseñó su filosofía epicúrea, que aunque tan falsa como las demas, tenía á lo menos mejor método y era algo mas fundada que la escolar, sin mezcla de barbarie. Poquelin siguió instruyéndose bajo la direccion de Gassendi, y al salir del colegio, recibió de este filósofo los principios de una moral mas útil que su física, de los cuales se separó notablemente en el curso de su vida.» Concluida su educacion, obtuvo Poquelin en la corte el cargo de ayuda de cámara y tapicero del rey, que se había concedido á su padre en otra época. En calidad de tal siguió á Luis XIII en sus viajes á Narbona, y fué testigo de acontecimientos importantes, entre otros, las célebres sentencias del cinco de Marzo y de Thou. Se cree que de vuelta de aquella expedicion fué á estudiar el derecho á Orleans donde recibió el título de abogado, y empezó despues á ejercer su nueva profesion. No era sin embargo la ilustracion del bufete á la que la suerte le destinaba. En aquella época, comenzó á generalizarse el gusto por la literatura dramática, y el genio de Corneille, las pretensiones literarias del cardenal Richelieu, los laureles que continuamente alcanzaban los cómicos de los teatros de Borgoña y del Marais, la fama de otros bufones populares como Bary, Orvietan, Scaramouche (de quien algunos autores afirman que recibió lecciones Poquelin), habían contribuido poderosamente á dar cierta celebridad á los espectáculos teatrales. Uno de los placeres mas frecuentes y de moda en las sociedades de poco tono, era el de representar comedias. Poquelin y otros cuantos jóvenes formaron una pequeña compañía de este género, y habiendo coronado con buen éxito sus primeros ensayos, no tardaron en pasar de las representaciones por mero pasatiempo á las de especulacion. Llamaron á esta sociedad, ó ella se dió el nombre, de teatro ilustre, y fué sucesivamente variando de sitio, á los portales de la puerta de Nesle, al puerto de San Pablo y al juego de pelota de la Cruz Blanca, calle de Bussy. Entonces fué cuando Poquelin, á ejemplo de los comediantes de su tiempo que todos adoptaban seudónimos, tomó el de Moliere, despojando de él, segun dicen, á un antiguo cómico autor de una tragedia ó romance titulado Polixenes. Pronto sin embargo fué disminuyéndose el entusiasmo público por el arte drámatico, á medida que se acercaban los trastornos que ocasionó la regencia de Ana de Austria. Vagas y sombrías inquietudes comenzaron á atormentar los espíritus y á privarles del placer que sentían al presenciar las representaciones teatrales. Resignóse en fuerza de la necesidad la compañía de Moliere y abandonó á Paris, haciendo sus escursiones por las provincias, á donde se le unieron algunos restos de otras diseminadas compañías. Volvió á Paris por los años de 1630 y allí dió algunas representaciones en el palacio del príncipe de Conti que recordaba haber sido condiscípulo de Moliere. Vióse obligado despues á volver á las provincias, y entre las ciudades en que se presentó, se cuentan Burdeos, Bezieres, Pezenas, Narbona, Montpellier, Aviñon, Nantes, Lyon, Grenoble y Roen. Durante

estas dos escursiones, Moliere compuso algunas comedias como por via de ensayo, y las puso en escena con sus compañeros. Estos primeros trabajos fueron piezas de cortas dimensiones, de las cuales se conservan aun algunos títulos: *El Doctor amoroso*, *los Tres doctores rivales*, *el Maestro de escuela*, *el Médico fingido*, *los Celos de Barbonillé*. Estas dos últimas existen todavia completas. Tambien se atribuyen á Moliere otras farsas, cuyos títulos se hallan en los archivos de su compañía, tales como: *El Chapucero*, *el Ingenioso*, *el Médico por fuerza*, *el Doctor pedante*, *los Celos de Gros-René*, *Infancia de Gros-René*, *Gorgibus en el saco*, *la Casaca*, *el Hijo estúpido*. Las comedias de un género mas elevado que escribió Moliere en aquel período de su vida, son: *El Aturcido* representada en Lyon, y *el Desprecio amoroso*, en Bezieres. Algunos autores añaden que las *Preciosas ridiculas* fueron escritas en aquella época; pero esta opinion fué muy luego destruida. Tambien se ha dicho, segun una conjetura de Montesquieu, que entonces compuso é hizo poner en escena una tragedia con el título de la Thebaida, que no tuvo buen éxito, y de cuyo argumento se aprovechó despues Racine. Pero lo que parece mas cierto es que en las provincias fué donde emprendió una traduccion del poema de Lucrecia. La eleccion de esta obra manifiesta que aun no había olvidado las lecciones de Gassendi y que seguia ocupándose de asuntos filosóficos, si bien se sabe que mas tarde declaró confidencialmente á sus amigos que prefería á Descartes. Sin embargo no tradujo en verso sino los dos trozos mas bellos del *De rerum natura*, cuya obra no quiso publicar, cuando ya estaba afianzada su reputacion, porque no la juzgó bastante digna de él, limitándose á intercalar un fragmento sobre la ceguedad de los amantes, en el segundo acto del *Misántropo*.

Con todo, no fué nunca el objeto de Moliere, permanecer constantemente en las provincias, y aunque durante su residencia en el Languedoc, le ofreció el príncipe de Conti el empleo de secretario particular cerca de su persona, rehusó tan digno puesto, y viendo ya restablecido el orden en Paris, que Luis XIV protegía las letras renunciando al mismo tiempo por lo que quiera el gusto á las bellas artes, resolvió dirigirse á la capital, pero deseaba presentarse en ella con cierto esplendor y nombradía que le diese el lugar que ambitionaba. Empezó, pues, á acercarse á Paris, estableciéndose primeramente en Rouen, desde donde en el intervalo que le dejaban sus representaciones, hacia frecuentes viajes á la corte. Merced á las buenas recomendaciones del príncipe de Conti, ganóse el afecto de Monsieur, hermano del rey, por medio del cual solicitó el favor de trasladarse á Paris con su compañía, y dar algunas representaciones delante de la familia real, cuya gracia le fué acordada en el otoño del año 1638. El día 24 de octubre se presentó por primera vez la compañía á Luis XIV en la sala de las *Antiguas guardias* en el Louvre. El espectáculo se compuso de *Nicomedes* y el *Doctor amoroso*. Mostróse el rey satisfecho y autorizó á la compañía para que se estableciese en los salones del *Petit-Bourbon*, construidos en el solar que hoy ocupa la columnata del Louvre y donde representaban tres veces á la semana los cómicos italianos. Las obras que se hicieron en aquel edificio obligaron á Moliere y á sus amigos á trasladarse en 1660 al Palacio real, y ocupar la sala que el cardenal Richelieu hizo construir expresamente para que se pusiese en escena su tragedia de *Miramo*. La nueva compañía se había anunciado á los parisienses con el título de *cómicos de Monsieur*; y en 1663, se alzó al rango de compañía del rey, del cual recibió una pension de 7000 libras.

Quince años no completos transcurrieron desde esta última vuelta de Moliere á Paris hasta su muerte; y desde los primeros, aprovechándose de sus estudios y de sus ensayos en las provincias, se puso al nivel de los pri-

meros escritores del gran siglo. He aquí el orden cronológico en que sus composiciones dramáticas han visto la luz pública: 1637. *El Aturdido*, comedia imitada de una pieza italiana titulada *L'Inadvertito*. A esta siguió el mismo año, *El Desprecio amoroso*, imitación también de un juguete italiano con el título de *La Credula maschio*.

En 1639. *Las Preciosas ridiculas*, sátira directa contra varios sabios de ambos sexos, que sin duda habían hecho grandes servicios á la lengua, pero cuya afectación se prestaba mucho al ridículo. Sobre este punto se hallan aclaraciones nuevas é importantes en la obra de Roeder, sobre la *Sociedad elegante*.—1660. *Sganarelle*, imitación de una comedia italiana *Il Ritratto*.—1661. *Don Garcia de Navarra ó el Principe celoso*, imitación de una pieza española y de otra italiana *Il Principe geloso*. Este ensayo del género heroico, no agradó mucho al público, y Moliere se sujetó al fallo de los espectadores volviendo á dedicarse con esclusión al cómico festivo que le era tan natural. Cuatro meses despues dió *La Escuela de los Maridos* que tuvo un éxito admirable; puede decirse que esta comedia, imitación de los *Adelphos* de Terencio y de un cuento italiano, abre la série de las obras maestras de Moliere. También ofreció al público en el mismo año *Los Importunos*, cuya primera idea parece calcada sobre la sátira novena de Horacio, y tal vez sobre un ensayo italiano titulado *Gli Interrompimenti di Pantalone*. Esta pieza fué representada en la célebre fiesta que Fouquet dió al rey en sus jardines de Vaux. Por último, en el mes de diciembre, puso en escena *La Escuela de las mugeres*, parte de su argumento tomado de una novela de Sacarron con el título de *La Precaucion Inútil*. El éxito de esta comedia, no fué igual en todos los teatros de Francia.—1663. *La Critica de la Escuela de las Mugeres*, precioso modelo de discusión literaria bajo una forma enteramente nueva en aquella época.—*La Improvisacion de Versailles*, la cual debió servir de escudo á Moliere contra los ataques de sus envidiosos enemigos, y en particular contra los del poeta Boursaut, y contra los de los cómicos del coliseo de Borgoña. En aquel año, concedió el rey á Moliere una pensión de 1000 libras.—1664. *La Princesa Elida*; el primer acto y las primeras escenas del segundo, están en verso, y todo lo demas en prosa. Esta pieza es imitación de la que escribió el poeta español Moreto, con el título de *El Desden con el Desden*, y se representó bajo el nombre de *Placeres de la Isla Encantada*, en las fiestas que se celebraron en el real sitio de Versailles. *El Casamiento por fuerza*, representado primero en el Louvre en tres actos, en los que alternaban con el argumento algunos intervalos de música y baile, con el título de *Danza del Rey*, y que despues redujo á un acto.—1665. *Don Juan, ó el Festin de Piedra*, imitada de la pieza española *No hay Plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, ó el Convidado de Piedra*. La traduccion en verso de esta célebre comedia por Corneille, no deja nada que desear, y se prefiere á la imitación de Moliere. *El Amor médico*, compuesto bajo la forma en que se escriben hoy los *Vaudevilles*, imitada de *Il Médico volante*, del *Pedante burlado*, de Cyrano de Bergerac, y de *Phormion* de Terencio.—1666. *El Misántropo*. El minucioso exámen que se ha hecho en el archivo del Teatro francés, prueba suficientemente que cuanto aquí se ha dicho y escrito sobre la frialdad con que el público recibió esta producción, es exagerado. *El Misántropo* se repitió mas de veinte veces seguidas, circunstancia muy notable en aquellos tiempos. En el mismo año salieron á luz, la comedia que el justamente célebre Moratin tradujo con el título de *El Médico á palos*. *Melicerto*, sacado de la historia de Timareto y de Sesostris y *La Pastoral cómica*.—1667. *El Siciliano ó el Amor pintor*. *El Hipócrita*, de la cual se ejecutaron los tres primeros actos en Versailles en 1664. Despues se representó completa en varios teatros particulares; pero en el

citado año no se puso en escena mas que una sola vez con el título de *El Impostor*; y suprimida su representación, no volvió á aparecer hasta el año de 1669.—1668. *Anfitrión*, imitación de Plauto. *Gorge Dandin*, tomada de un cuento italiano. *El Avaro*, imitación de Plauto.—1669. *El Caballero de Pourceaugnac*.—1670. *Los Amantes magníficos*, cuyo plan recuerda el de *Don Sancho*. *El Campesino caballero*.—1671. *Las Tramas de Scapin* imitadas del *Phormion* de Terencio. *Psiquis*, tragi-comedia, compuesta en colaboración con Pedro Corneille y Quinault.—1672. *Las Mugeres sabias*, en que continuó Moliere en un género mas elevado la sátira empezada con las *Preciosas ridiculas*. *La Condesa de Escarbañas*.—1663. *El Enfermo de aprension*.

La fecundidad de Moliere es doblemente notable al considerar que desempeñaba á un tiempo los cargos de director y actor en su compañía, y que á la vez cumplia con sus deberes de ayuda de cámara y tapicero del rey. Se cree en general, que su mérito artistico no pasaba de mediano; pero lo que no admite duda es que la gloria que alcanzó como autor, es de un lustre mas brillante para la posteridad que los aplausos que consiguió en la escena como cómico. No obstante, para apreciar en justicia, cuanto le debe el arte del teatro en Francia, es necesario tener una idea de la parte que tomaba así en la presentación de las piezas en la escena, como en la ejecución práctica de las comedias. Los papeles que el mismo Moliere ha desempeñado en sus obras dramáticas son: Mascarilla en el *Aturdido*; Alberto en el *Desprecio amoroso*; Mascarilla en las *Preciosas ridiculas*; el de *Sganarelle*; el de *Don Garcia*; Sganarella en la *Escuela de los maridos*; Erasto en los *Importunos*; Anolfo en la *Escuela de las mugeres*; en la *Improvisacion de Versailles*, representaba el papel de un marqués ridículo; el de Lyciscas y Moron en la *La princesa Elida*; el de Sganarella en el *Casamiento por fuerza*, en *El convite de piedra* y en *El Amor médico*; representaba á Alceste en *El Misántropo*; á Sganarella en *El Médico á palos*; á Lycarsis en *Melicerto*; á don Pedro en el *Siciliano*; á Orgon en el *Hipócrita*; á Sorie en *Anfitrión*; en *Jorge Dandin* desempeñaba el papel de protagonista; el de Harpagon en el *Avaro*; el de el *Caballero de Pourceaugnac*, en la comedia de este nombre; el de Clitidas en los *Amantes magníficos*; el de Jourdain en el *Campesino Caballero*; el de Scapin en las *Tramas*; el Crisaldo en las *Mugeres sabias*; y el de Argan en el *Enfermo de aprension*.

Siguiendo la costumbre de todos los actores de su tiempo, Moliere, representaba indistintamente, comedias y tragedias, pero renunció á cultivar este último género desde el mal éxito que tuvo *Don Garcia de Navarra*. Sus contemporáneos aseguran que fué excelente actor. Como director, logró introducir reformas importantes en la dirección de la escena y en la declamación, «Moliere, dice Fueretiere, sabia hacer representar muy bien sus comedias.» Lagrange, uno de los mejores actores de su compañía, insiste en el particular realce que daba á sus piezas por la exactitud con que se verificaba hasta el menor movimiento de los actores; y á propósito de esto, dice: «Un golpe de vista, un paso, un gesto, todo se observaba con una exactitud, desconocida hasta entonces en los teatros de París.» Se sabe ademas que hizo servicios á las tragedias pues del mismo modo que protegió y dirigió los primeros ensayos de Racine, adivinó el genio de Barou, trató de separarle desde el principio de la rutina y le animó á comenzar una era nueva en la representación de los personajes del género serio. Barou, discípulo de Moliere, es el jefe de la verdadera escuela de los trágicos en Francia. Considérese, pues, á Moliere como autor, como cómico, ó como director, y siempre se le verá ejercer una influencia poderosa y estable á la cual ninguna podría justamente compararse. Al consagrar su existencia entera, sus bellas facultades a.

arte á que le arrastró desde su infancia su irresistible deseo y la voz secreta de su genio, al perseverar en el desempeño de su triple cargo y al ver su triple actividad hasta el momento en que exhaló el último suspiro, puede decirse que solo él ha realizado el bello ideal del artista dramático.

Sin contar las comedias que hemos citado, compuso Moliere un poema con el título de: *La Gloria del Valle de Gracia*, en que celebra á su íntimo amigo Mignard. Los demas fragmentos de escenas y planes de diferentes comedias, desaparecieron con la muerte de Lagrange, á quien habia legado todos sus manuscritos.

El juicio unánime de los mas acreditados escritores conviene con el fallo público en destinar á Moliere en la república de las letras un puesto que difícilmente pudiera alcanzar otro cualquiera. Corneille, Boileau, La Fontaine, eran sus verdaderos amigos y admiradores. La academia, despues de la representación de

Las mugeres sabias pensó en admitirlo en el número de sus individuos; pero su profesion de cómico presentó algunos inconvenientes. Mas de un siglo despues de su muerte, en 1778, los académicos colocaron su busto entre los de sus antiguas celebridades, inscribiendo en el zócalo los siguientes versos de Saurin:

Rien ne manque á sa gloire, il manquait á la notre.

Los autores que con mas detencion se han ocupado de la vida privada de Moliere, refieren varias anécdotas; y si bien algunas dan á conocer y hacen que se estime su carácter, la mayor parte carecen de interés ó son apócrifas. Hé aqui los hechos biográficos mas esenciales que nos restan añadir.

Moliere se casó, el 14 de febrero de 1662, con Armanda Bejart, hermana de un cómico de su compañía. De este matrimonio que, á consecuencia de la fragilidad



Fuente monumental erigida á Moliere.

de su esposa, no fué muy dichoso para él; tuvo tres hijos, dos varones, y una hembra. Los primeros fueron ahijados el uno de Luis XIV y de Enriqueta de Inglaterra, y el otro de Boileau Puimaurin, hermano de Despreaux, y de la señorita de Mignard, hija del pintor; ambos murieron en edad muy tierna y solo la hija sobrevivió á su padre. Esta jóven que en hermosura no le debió mucho á la naturaleza, unía á sus escelentes cualidades morales, un esquisito espiritualismo y un profundo conocimiento en la música. En 1683 dió la mano á Mr. Rachel de Montalant, gentil hombre, con el cual vivió siempre honradamente en Argenteuil.

La muerte de Moliere acaeció el día 17 de febrero de 1675. Hacia mucho tiempo que se sentia atacado del pecho y á consecuencia de una fuerte convulsion que sufrió en una representacion del *Enfermo de aprension*, le llevaron á su casa calle Richelieu, donde exhaló el último suspiro en los brazos de dos religiosos, que habian ido á Paris á mendigar durante la cuaresma y á quienes habia dado hospitalidad. Murió á la edad de 51 años y fué enterrado en el cementerio de san José, calle de Montmartre el 21 de febrero.

En 1775, el Kain propuso elevar un monumento á Moliere, pero no pudo lograr su noble empeño.

El 6 de julio de 1792, los administradores de una manzana de casas de la calle de Montmartre, mandaron exhumar los restos del poeta para que fuesen depositados en un monumento; pero por desgracia se hizo la exhumacion tan precipitadamente que hay fundados motivos para dudar de que las cenizas que sacaron fuesen del ilustre autor.

Por espacio de siete años permanecieron sus restos en un total abandono, al cabo de los cuales Mr. Alejandro Leonir obtuvo la autorizacion para trasladarlos al museo de los Pequeños-Agustinos, el 7 de mayo de 1799.

Cuando los monumentos de este museo quedaron destruidos, los supuestos restos de Moliere fueron conducidos al cementerio de este, con el sepulcro de piedra en que estuvo depositado en los Pequeños-Agustinos.

En 1818, 29 y 56 se anunciaron algunos proyectos de suscripcion para erigir un monumento al autor del *Misántropo*, pero quedaron sin efecto, á pesar de haber sido aprobados por la generalidad y de preocupar á los mas celosos admiradores de Moliere.

«Desde entonces, dice Mr. Enrique Boulay de la Meur-

the, en su informe al consejo municipal de Paris, no faltó mas que una ocasion favorable para realizar tan bello pensamiento, y no tardó en presentarse.

«El mérito de haberla indicado pertenece exclusivamente á Mr. Reguier, uno de los empresarios del Teatro francés, quien en los primeros dias de marzo de 1838, pidió al prefecto del Sena, que la fuente que estaba próxima á construirse en la esquina que forma la calle de Richelieu con la de Traveriere, fuese consagrada á Moliere, proponiendo ademas que se abriese una suscripcion para erigirle una estatua.

«La proposicion tuvo una acogida favorable en el ánimo del prefecto, que prometió someterla al parecer del consejo municipal, en tanto que Mr. Reguier la comunicaba á la reunion de empresarios del Teatro francés, la cual se apresuró á tomar parte en tan oportuna iniciativa.»

«No podemos menos de aprobar, añade Mr. Meurthe, la eleccion del sitio en que vá á levantarse esa fuente monumental. En frente de la casa en que murió Moliere, no lejos de la que le vió nacer y de las demas en que vivió, próximo al sitio en que se hallaba el teatro donde ejercia su profesion y muy cerca de aquel en que diariamente se representan sus obras maestras, este monumento vá á alzarse en un espacio, lleno de los recuerdos del grande hombre á que se consagra.»

Formóse inmediatamente una lista de suscripcion, cuyos productos unidos á los fondos votados de antemano por el consejo municipal para la construccion de la fuente, ascendió á 111,000 francos. El plan del monumento propuesto por el arquitecto Mr. Visconti, fué adoptado por el consejo municipal y es el que representa el grabado que acompaña á este artículo. La estatua de Moliere, de bronce y de mayor tamaño que el natural, representando al poeta dramático sentado, en actitud de profunda meditacion, está colocada sobre un pedestal semicircular, contra el cual se apoyan otras dos estatuas que representan los dos generos de la comedia, el festivo y el sério. Por la parte inferior, varios mascarones llenan de agua un elegante pilar que sirve de base á tan elegante monumento.

El modelo de la estatua principal se debe á Mr. Sœur (mayor). Mr. Pradier es el autor de las otras dos.

ESTUDIOS HISTORICOS.

EL PRINCIPE CARLOS,

HIJO DE FELIPE II.

Se encuentran en nuestra historia algunos hechos, que aunque se ha escrito y hablado mucho sobre ellos, permanecen sin embargo envueltos aun en la oscuridad, ó mezclados con mil fábulas y errores, que los han desfigurado hasta un punto tal, que es muy difícil hallar en ellos la verdad, á pesar del criterio mas delicado. El siglo XVI, particularmente en su última mitad, por lo largo del reinado de Felipe II, por lo romántico de las combinaciones políticas que en él hubo, por los acontecimientos novelescos que en él pasaron, y por los hechos extraños á que dió lugar el carácter inflexible del monarca, y la osadía emprendedora é incansable de sus enemigos, abunda en estos hechos poco claros, de los cua-

les no se conoce mas que una pequeña parte, quedando algunas veces, su causa ó sus principales circunstancias ocultas tras un velo espeso, que solo podrá descenderse, cuando los gobiernos, (en cuyo punto el nuestro está enteramente olvidado) den impulso y vida á las bibliotecas y archivos, publicando ó protegiendo las publicaciones de los documentos que en ellos yacen ignorados, cubiertos de polvo, y maltratados por la polilla y el tiempo; cuando protejan á los hombres laboriosos é investigadores y cuando los que se dedican al estudio, busquen en la historia, no lo que alhaga su idea, sino la verdad pura y sencilla. Esta falta de datos y nuestra indolencia es causa de que los estrangeros se hayan atrevido á denigrar á nuestros reyes, á truncar nuestra historia, y á descifrar los hechos segun su intento apasionado; y particularmente los que han escrito sobre el reinado de Felipe II lejos de buscar la verdad, han buscado los hechos por el lado feo, por el que podia redu-

dar en descrédito de tan gran monarca, y los han llenado de fábulas y consejas, para conseguir que apareciese á la faz del mundo civilizado como un monstro; y los dictados de hipócrita, sanguinario, cruel, tirano, y aun el de demonio del Mediodía, abundan en sus escritos. Los españoles, que escribieron en su época, ó poco despues, cayeron en el extremo opuesto prodigándole alabanzas desmedidas, y santificando todas sus acciones; y los de los siglos posteriores no se han cuidado mucho de la defensa de un rey, que si tuvo defectos, si manifestó un carácter demasiado duro y severo, si observó en todas sus acciones una reserva misteriosa, no por eso dejó de ser un monarca grande, amante de la justicia, del bien y prosperidad de los pueblos.

Uno de los acontecimientos de su época, tal vez el de mas consideracion y trascendencia, y el que mas dictérios y duras calificaciones ha acarreado á Felipe II, fué la prision y muerte del príncipe Carlos, su hijo primogénito. Difícil empresa seria recoger todo lo que sobre esto se ha escrito, tanto de las causas que motivaron la prision, como de los medios con que el padre la preparó, y del género de muerte que dieron al príncipe; mas para que puedan mejor juzgar nuestros lectores, indicaremos brevemente lo mas notable. La casualidad de haberse estipulado en el congreso celebrado en Chateau-Cambresis en 1559, el casamiento del príncipe Carlos con doña Isabel de la Paz, hija de Enrique II de Francia y haberla despues tomado por esposa el padre, que se hallaba viudo de la reina María de Inglaterra, ha dado motivo á creer, que el padre le puso en prision por celos, creyendo que su hijo era correspondido de la reina, á quien tambien dicen envenenó por esta causa: mas los que así han pensado, despues de hacer poco favor á una reina virtuosa, tienen la contestacion en la historia de Felipe II por Cabrera, donde largamente describe la enfermedad, sentimientos y muerte de esta reina. (1)

Juzgan otros que queriendo el príncipe tomar bajo su proteccion á los flamencos oprimidos por los castigos indispensables del duque de Alba, fué preso y muerto en Madrid en la torre que llaman de san Gil, (2) y aunque esto se acerca mas á la verdad, habia motivos anteriores.

Tambien se ha dicho que el motivo fué, querer el príncipe matar á su padre, para lo cual aseguran tenia prevenidas siempre así armas de fuego, como un ladrillo de hierro del tamaño de un breviario y cubierto de cuero; y un libro de piedra forrado de láminas, que pesaba mas de catorce libras, pero hasta ahora no se han presentado pruebas bastantes, si bien en el carácter del príncipe nada tenia de estraña esta malvada intencion. Por fin se ha asegurado que por herege y enemigo de la inquisicion fue entregado á este tribunal, pero como se verá en el discurso de este artículo, hubo otras causas muy bastantes sin recurrir á estas, tan estrañas.

De su muerte se ha dicho, que firmada y pronunciada la sentencia, mandó Felipe II que se le presentasen en pintura varios géneros de muerte, para que entre ellos escogiese el que juzgara ser menos penoso ó mas breve, y que el príncipe contestó: *no pudiéndome ya dar la de Julio César, las demas me son indiferentes, y pueden darme la que quieran*, siguiéndose á estas palabras, terribles imprecaciones contra su padre, y la inquisicion. A consecuencia de esta negativa, luego que tuvo dispuesta su alma cristianamente, una mañana entraron en su aposento cuatro esclavos, tres le tuvieron fuertemente los pies y manos, y el otro le ahogó blandamente con una soga ó cordon de seda. Otros dicen

que metidos los pies en el agua le abrieron las venas y le dejaron morir desangrado. (1)

Tuano, el historiador francés, despues de referir mil ridiculas particularidades acerca de la conducta, precauciones y armas de que comunmente usaba el príncipe, asegura, que murió envenenado; mas las noticias sobre este hecho dice haberlas recibido de un compatriota suyo, llamado Luis de Fox, arquitecto en el Escorial, mientras se edificaba; lo cual es de todo punto falso, pues solo Juan de Toledo y Juan de Herrera fueron los arquitectos de aquel magnífico edificio; de donde puede inferirse, que el que no dijo verdad de sí mismo, y en cosa tan clara y manifiesta, no es mucho de fiar en las demas noticias. Pero baste ya de fábulas, y vamos á nuestro propósito, segun el cual siguiendo las huellas de los mas acreditados y verídicos historiadores, trazaremos el cuadro de la vida de este desgraciado príncipe con la mayor exactitud posible, rastreando la verdad por las noticias que los historiadores han dejado esparcidas en sus escritos.

El príncipe Carlos nació en Valladolid, entonces corte de los reyes de España, el día 8 de julio del año 1543, de Felipe II y de su primera muger la princesa doña María de Portugal. Ya á su nacimiento acompañó el luto y la desgracia, pues su madre murió cuatro dias despues del parto, en medio de los preparativos que se hacian para solemnizar el nacimiento del hijo, que fué bautizado en la capilla real de palacio por mano del cardenal Tabera. Le pusieron por nombre Carlos, en memoria de su abuelo el emperador Carlos V. Nació enfermizo, mal configurado por tener una pierna mas larga que la otra, y el cuerpo torcido; y en su edad adulta manifestó, que su alma participaba tambien de los defectos del cuerpo. Lo delicado de su complexión, fué causa de que en su infancia le mimasen demasiado, permitiéndole cuantos caprichos ocurrian á su imaginación infantil, porque no se desazonase, contribuyendo esta educacion á que se arraigara en él su genio colérico, tenaz y vengativo.

A fines del año siguiente 1547, determinado Felipe II á salir de España para visitar á su padre, y reconocer por sí los dominios de Flandes, dejó por gobernadores del reino al archiduque de Austria Maximiliano, rey de Bohemia y de Hungría, y encargó á él y á su esposa el cuidado de la educacion del príncipe, que cada día se hacia mas tenaz é incorregible, añadiendo á este desacierto el de darle por preceptor á Mr. Bosulus, francés de nacion, que aunque era hombre sábio y entendido, tenia una conducta desarregladísima, que no recataba del discípulo, el cual de tal modo participó de ella, que desde muy niño comenzó á manifestar que habian hecho en él mucha impresion los malos ejemplos de su preceptor (2). Este ademas participaba del odio implacable que todos los de su nacion tenian á Felipe II, y era poco á propósito para inspirarle sentimientos de amor filial, respeto y veneracion hacia su padre.

En 1550, volvió don Felipe de su viaje á Flandes, y aunque notó algo la mala educacion de su hijo, en los pocos años que tenia, no le pareció tan transcendental, ademas que los asuntos políticos absorbían entonces todo su cuidado y atencion. A poco tiempo comenzó á tratar de su nuevo casamiento con doña María de Inglaterra, que estuvo definitivamente arreglado á principios del año 1554, por cuyo motivo tuvo precision de pasar á Inglaterra y de abandonar por segunda vez á su hijo, aunque antes de su partida procuró dejarle en el mejor estado posible, rodeándole de cuantos elementos podian contribuir á su instruccion, buena educacion y decoro. Mandó ponerle en Valladolid casa y estado, nombró por

(1) Cabrera. Historia de Felipe II. Lib. VIII. Cap. VII.

(2) Vida interior de Felipe II, atribuida al abad de S. Real y por algunos á Antonio Perez; publicada por don Antonio Valladares y Sotomayor, en Madrid, año 1788.

(1) Vida interior de Felipe II ya citada. Pág. 52.

(2) Biografía universal por Michaud.

ayo y mayordomo mayor á don Antonio de Rojas, su miller de corps; por gentiles-hombres de su cámara á los condes de Lerma y Gelves, al marqués de Tabára, y á don Luis Portocarrero; dándole además muchos criados, y el lujo conveniente al príncipe heredero de tan vasta monarquía. Para su instrucción le señaló por maestro al erudito Honorato Juan, caballero valenciano, el cual ayudó sus muchos conocimientos con los de su sábio compatriota Luis Vives, que le dió apuntaciones y papeles para que con mas facilidad consiguiese la pronta y sólida instrucción del príncipe, que no dejaba de tener disposición, si su carácter violento y discolo, no hubiesen destruido lo poco que tenía de bueno. También al mismo tiempo que encargó el cuidado y gobierno del reino á la princesa doña Juana, viuda del infante de Portugal, la recomendó muchísimo el cuidado en la educación de Carlos; y tomadas todas estas disposiciones partió para Inglaterra.

Si la ausencia del padre, perjudicó tanto al príncipe en los primeros años de su infancia, esta segunda separación, cuando ya tenía ocho años cumplidos, acabó de perderle. Tuvo además la desgracia de que la gobernadora, lejos de cumplir con el encargo de su hermano, era la que mas pervertía al príncipe. Al principio don Antonio de Rojas, que á una conducta intachable unia un carácter severo, contenía algun tanto el genio de Carlos, pero luego que este contó con el apoyo de su tía, ya no hubo quien pudiese poner diques á su carácter. A proporción que iba adelantando en edad, se hacia mas violento é insufrible y manifestaba bien lo que prometía para su edad adulta. La familiaridad con su tía debió llegar á un extremo notable, pues cuando en 20 de octubre de 1556, salió Carlos á la escalera del conde de Melito á recibir á su abuelo el emperador, que renunciando el imperio llegaba en busca de su retiro, este quedó muy disgustado del carácter y maneras del príncipe, y le reprendió asperamente *por la poca mesura y desenvoltura con que vivía y trataba con su tía; encomendóla su corrección, diciendo era en lo que mas podía obligar á todos. Estaba el defecto en la naturaleza y educación, y por esto, y por haber peste en Burgos mandó le retirasen en Tordesillas, fatal morada para los príncipes de mal humor.* (1)

Felipe II ocupado entonces con las guerras que tenía que sostener contra el pontífice, contra los señores de Italia, y contra los franceses, no podía venir á España, aunque lo deseaba, principalmente por el mal estado moral del príncipe, de cuya conducta tenía fatales nuevas; y es muy probable que el emperador le avisase, y refiriese sus observaciones. Determinó, pues, llevarle á los Países Bajos con el pretexto de hacerle reconocer y jurar en aquellos dominios, y darle á conocer el país que despues habia de gobernar; *pero en la realidad, para desviarle de los encuentros de la princesa su tía, y para encaminarle con su presencia, para que fuese como hijo de sus entrañas, de sus costumbres.* (2) Rui-Gomez, príncipe de Eboli, que vino á algunos negocios del gobierno, y que á la vuelta debia llevarse á Carlos, consultó con el emperador si lo verificaria; el cual le contestó: *está crecido, pero muy hecho á su voluntad, desordenada por la mayor parte, y no conviene mostrarle el mundo sin mejorarlo.* Le encargó también muchísimo, que mirase bien el rey la persona que nombraba para reemplazar á don Antonio de Rojas, que habia muerto, porque esta elección podria ser de gran trascendencia. Rui-Gomez, oído el parecer del emperador, se resolvió á que el príncipe se quedase, y él se volvió á Flandes.

Don García de Toledo fué elegido para sustituir á don Antonio de Rojas, en los cargos de ayo y mayordomo, pero ya el carácter del príncipe no admitia remedio. Por

este tiempo se celebró un auto defé en Valladolid, y Carlos asistió, y juró con toda su corte favorecer y defender el Santo Oficio. En este espectáculo fué donde por primera vez conoció á su tío don Juan de Austria á quien doña Magdalena de Ulloa, esposa de Luis Quijada, habia llevado y colocado en el estrado que habia entre el cadalso y el trono. Al pasar la princesa gobernadora con el príncipe Carlos por cerca de doña Magdalena, preguntó la princesa: *¿Dónde está el embozado?* Entonces doña Magdalena le descubrió, y su hermana, en un arrebato de amor le abrazó y besó, llamándole hermano, dándole el tratamiento de Alteza, y rogándole que fuese á sentarse junto al trono. Carlos llevó muy á mal aquellas demostraciones de su tía, y como era naturalmente soberbio y libre, no encubrió ni disimuló su enojo, que sin duda hubiera pasado mas adelante, si don Juan, que no estaba acostumbrado á tanta grandeza, y que aun no conocia su elevado origen, no se hubiera absolutamente negado á aceptar el ofrecimiento de la princesa. (1) Aunque la primera vez que se conocieron fué con este disgusto, sin embargo luego se unieron tío y sobrino con estrecha amistad, y Carlos creyó haber encontrado un compañero útil para sus empresas.

Los tristes sucesos que por este tiempo se agolparon, á saber: la muerte del emperador acaecida en 21 de setiembre, y la de María de Inglaterra que fué en 19 de noviembre de 1558, y además las largas y costosas guerras que habia sostenido, tenían en extremo abatido y cansado el ánimo de Felipe II, que deseaba vivamente hacer la paz, y volver á España. Puso, pues, todo su cuidado en conseguirlo, y se concluyó el tratado en Chateau-Cambresis, siendo una de las condiciones, que el príncipe Carlos casaria con Isabel de Valois. El tratado se publicó en 3 de abril de 1559, y el rey determinó su partida para el 20 de agosto del mismo año. Despues, sea por el concepto que tenía formado de su hijo, ó bien por otras razones de política, Felipe II determinó tomar á Isabel por esposa, á cuyo efecto mandó al duque de Alba para que por poder se desposase en su nombre, como se verificó, quedando burladas las esperanzas del hijo.

Verificó el viage segun habia determinado, y el ocho de setiembre entró en Valladolid triunfante de sus enemigos, gozoso y alegre por la paz que acababa de dar á sus dominios, y por el nuevo matrimonio con Isabel, princesa jóven y hermosa. Estrechó entre sus brazos al hijo único, á quien amaba tiernamente, y aunque disimuló, sintió vivamente ver confirmadas las malas noticias que de él tenía, en lo adusto, orgulloso y duro de su carácter. Creyó sin embargo que su presencia y autoridad, y la práctica de un método enérgico podrian mejorarle, mucho mas atendida su corta edad, pues solo tenía catorce años. Desdeluego dirigió sus miras al porvenir del hijo, y al momento convocó córtés en Toledo para el año siguiente, en las cuales Carlos fué jurado príncipe heredero el día 22 de febrero de 1560. Esta ceremonia se hizo con toda la pompa, magestad y riqueza que requerian el poder de Felipe II y la grandeza de la nación que iba á jurar á su príncipe heredero. El acompañamiento solo de la grandeza, seria un objeto digno de consideración. Delante iban el príncipe de Parma, el almirante de Castilla, los condes de Benavente y Ureña; los duques de Nájera, Alva, y Francavilla; los marqueses de Villena, Denia, Cenete, Mondéjar y Comáres; el maestre de Montesa; los dos priores de san Juan de Castilla y Leon, y otros muchos títulos y grandes. En medio venia el príncipe Carlos, con mal color por estar cuartanario, montado en un hermoso caballo blanco, con rico aderezo y gualdrapa de oro y plata, bordada sobre tela de oro parda, de lo cual era también el vestido, al que daba muchísimo

(1) Historia de Felipe II por Cabrera. Lib. II. Cap. XI.

(2) En la misma historia. Lib. IV. Cap. II.

(1) Historia de don Juan de Austria por don Lorenzo Vanderhammen y Leon, Impresa en Madrid año 1627, fol. 23.

realce, y añadía infinita riqueza, la abundante botadura de perlas y diamantes. A su izquierda iba don Juan de Austria (que con corta diferencia era de su misma edad) con ropón y vestido de terciopelo carmesí bordado de canutillo de oro y plata. Detrás venía la princesa, y cerraba la marcha el rey con ropón de terciopelo negro forrado en martas, y con muchos botones de diamantes; y el vestido amarillo, bordado con cordoncillos pardos y amarillos. Venía á caballo, precediéndole los cuatro reyes de armas, cuatro ballesteros y maceros, y junto á él el conde Oropesa con el estoque al hombro desenvainado. De este modo se dirigieron á la catedral, donde se celebró el juramento en la capilla mayor, que para este objeto había adornado el cabildo con un lujo y gusto esquisito. Para que no hubiese ocasión alguna, en que el carácter de Carlos no se manifestase, en aquel acto solemne se negó á dar á besar la mano á los grandes, lo cual estrañó mucho á todos. Mas esta negativa no era por amabilidad, ni por dispensarlos de esta parte de etiqueta, pues el venerable y portantos títulos condecorado duque de Alba, que con el baston al hombro había presidido el acto y juró el último, se olvidó de irle á besar la mano. El príncipe se lo recordó con una mirada de indignación, que obligó al duque á disculparse, y pedir se le permitiese besar. Entonces Carlos que ya había conseguido humillarle, le abrazó con muestras de afecto. (1)

Concluida la jura, Felipe II pasó con Carlos á Madrid, donde trató de fijar definitivamente su corte, para desde ella gobernar la monarquía, y dedicarse con esmero á la educación de su hijo. Cerca de dos años pugnó constantemente, pero en vano, para mejorar, ó al menos modificar algun poco aquella condición estravagante. Viendo que sus esfuerzos no tenían resultado, en 1561, lo envió á Alcalá con la esperanza de que los estudios, y la compañía de su tío don Juan de Austria, modificarían algun tanto su carácter áspero. A este fin mandó preparar el palacio arzobispal, en el que habían de vivir Carlos y don Juan, y en otra casa se alojó el príncipe de Parma Alejandro Farnesio. Honorato Juan tuvo el encargo de acompañarlos para dirigir sus tareas literarias. Apenas pudo conocerse si esta determinación hubiera producido buen resultado, porque un incidente desagradable impidió su continuase. A principios de mayo del año siguiente 1562, bajando el príncipe Carlos apresuradamente una escalera, se precipitó por ella, recibiendo tres grandes heridas en la cabeza, y un fuerte golpe en la espina, quedando en el acto sin sentido, de modo que todos creyeron se había muerto.

Algunos han asegurado que esta terrible caída la dió persiguiendo á una jóven, que despues de haber resistido largo rato á exigencias amorosas, se vió en la necesidad de apelar á la fuga, para librarse del príncipe, que obcecado por su violenta pasión, se olvidó que se hallaba en la escalera en la que quedó casi muerto, pero yo no he hallado documentos para asegurarlo.

Acudieron al momento, aplicándole todos los remedios posibles, con los que recobró algun tanto los sentidos, pero el doctor Olivares declaró, que las heridas eran de mucha consideración, y podrian causar la muerte. Felipe II á quien habían dado parte de esta desgracia, se presentó al momento en Alcalá, y despues de empleados para la curación de su hijo todos los remedios humanos, quiso tambien acudir á Dios. Mandó á los cabildos, prelados y corporaciones religiosas hiciesen rogativas para alcanzar de Dios la salud del príncipe. Continuaba el peligro, y mandó el rey, que desde el convento de Jesus Maria, donde estaba depositado el cuerpo de san Diego de san Nicolás, (vulgo de Alcalá) que aun no estaba canonizado, le tragesen en procesion hasta el aposento de su hijo, lo cual se verificó con mucha pompa y solemnidad.

Llegada la procesion á palacio colocaron las andas en que iba el cuerpo, junto á la cama del príncipe, y hecha oracion por todos los circunstantes para que el santo le alcanzase salud, Carlos mandó que descosiesen un poco el lienzo que cubria todo el cuerpo del santo. Uno de los religiosos descubrió parte de la cabeza, el ojo izquierdo, y la sien, y á petición del príncipe, pusieron el cuerpo santo en su cama, de manera, que la cabeza descansaba sobre las rodillas, y Carlos con su mano tocó en la parte del rostro que estaba descubierta; á todo lo cual estuvo presente el rey con mucha devoción y fervor. Concluida esta santa visita, volvieron con la misma solemnidad el cuerpo á su lugar, y el príncipe comenzó á convalecer y sentirse mejor. (1)

Contaba el príncipe despues de su enfermedad, que el sábado en la noche nueve de mayo, se le apareció el bienaventurado fray Diego, con sus hábitos de san Francisco, y una cruz de caña atada con una cinta verde en la mano, y pensando el príncipe que era san Francisco le dijo: ¿Cómo no traeis las llagas? No se acuerda de lo que le respondió, mas de que le consoló y dijo, no moriria de este mal. (2) En efecto los progresos de la curación, que antes se había juzgado tan difícil, fueron tan rápidos, que dentro de poco se halló enteramente fuera de peligro. Tanto Felipe II como su hijo atribuyeron su pronta curación á la intercesión de san Diego, y en señal de su gratitud, comenzaron uno y otro á hacer las mas vivas diligencias, y Carlos escribió de su mano al Sumo Pontífice, suplicándole activase lo posible el proceso de canonización de fray Diego de san Nicolás, por el gran deseo que tenia de verle venerado en los altares.

Aunque el príncipe Carlos curó completamente de sus heridas, su razon quedó muy perturbada, lo cual unido á su mala educación y perverso carácter, acabó de hacer imposible su remedio. Su padre, luego que le vió convaleciente de sus heridas, se lo llevó á Madrid, procurando por cuantos medios le dictó su prudencia pulir y amansar su carácter; pero este se hacia por momentos mas impetuoso y mal sufrido, y se cuentan varias anécdotas á que dió lugar su genio destemplado y furioso, entre las cuales es digna de notarse la que sucedió á su gentil hombre de cámara don Alvaro de Córdoba, marqués de las Navas. Llamó el príncipe con un fuerte campanillazo; don Alvaro se descuidó un poco en acudir, y cuando entró, el príncipe maltratándole de palabra, se arrojó á él, y á no haber acudido algunos otros caballeros de la servidumbre, le iba á tirar por una de las ventanas de palacio.

Estos lances tan ajenos del carácter, dignidad, y mesura que debe tener un príncipe, afligian en extremo á Felipe II que empezó á emplear medios mas fuertes para corregirle, reprendiéndole con dignidad y aspereza estas acciones, y teniendo sobre él una vigilancia suma. Esto lejos de producir buen efecto, irritaba mas al príncipe y mortificaba su orgullo, hasta el extremo de aborrecer á su padre, y de buscar cuantos medios estaban á su alcance para evitar su presencia. Aseguran que para desahogar algun tanto su cólera y enojo, escribió un libro que intituló: *Los grandes y admirables viages del rey don Felipe*, burlándose y ridiculizando á su padre, pues hacia consistir todos los citados viages, en ir desde Madrid al Escorial, y del Escorial á Madrid. (3)

Dos años de esfuerzos continuados sin alcanzar el menor fruto, antes al contrario, siendo causa de que tomase mayor incremento el carácter violento, y la conducta poco arreglada de su hijo, llegaron á convencer á Felipe II de que Carlos era incapaz de reinar por sus

(1) Testimonio original de la diligencia de sacar, llevar, etc. el cuerpo de san Diego de Alcalá. Está m. s. en la Biblioteca del Escorial.

(2) Relacion del doctor Olivares sobre la enfermedad del príncipe don Carlos.

(3) Biografía universal por Mr. Michaud.

(1) Historia de don Juan de Austria. Lib. I, fol. 30.

perversas cualidades, y como hombre previsor, se determinó á llamar á España á sus dos sobrinos los archiduques de Austria Rodolfo y Ernesto, para en un caso apurado, declararlos como sucesores. El mismo fué á Barcelona el 5 de enero de 1564, á recibirlos, y luego recorrió con ellos gran parte de la península, dándoles muchas muestras de deferencia y afecto, y aunque ocultándoles el objeto, instruyéndolos para el caso meditado.

Quedó entretanto el príncipe solo en Madrid, donde nadie osaba oponer la menor resistencia á su génio y caprichos. Entonces estrechó mas su amistad con don Juan de Austria, que como jóven y de su misma edad, aunque de muy distinto carácter y sentimientos, entraba en alguno de sus planes, y era el compañero de sus aventuras. Carlos enojado ya de antemano contra su padre, cansado de sus consejos y reprensiones, y picado sobremanera por la deferencia del rey hacia los archiduques, formó el proyecto atrevido de salir de España, esperando únicamente una coyuntura favorable para ponerle en ejecución. El sitio que la armada de Solimán al mando de los generales Mustafá y Píals puso á Malta el 18 de mayo de 1563 le sugirió la idea, ó mas bien le proporcionó un pretesto honroso para acometer su empresa. Propuso á don Juan el ir en socorro de Malta, y su tío, ansioso de gloria, y heredero del corazón valiente de su padre, abrazó la idea con entusiasmo, y ambos misteriosamente se preparaban para la expedición. Tenía ya el príncipe reunidos cincuenta mil ducados, y tomadas algunas otras disposiciones, cuando Rui-Gomez supo el secreto por el mismo Carlos, y al momento lo reveló á Felipe II que con su prudencia y misteriosa política todo lo desbarató, al menos por parte del príncipe, (1) porque don Juan se decidió á pedir licencia á su hermano, y habiéndosela negado, caminando con él al bosque de Segovia, se escapó en Galapagar, y corriendo la posta llegó hasta cerca de Zaragoza, donde tuvo que detenerse por haberse puesto malo, y aunque le alcanzaron los enviados por el rey, continuó su camino hasta el santuario de Monserrate; y fué necesaria la autoridad de Luis Quijada, los ruegos de los grandes y las amenazas de su hermano, para conseguir que desistiese. Sin embargo, Felipe II que había conocido á fondo á su hijo, no se tranquilizó con haber evitado su salida, pues sabía muy bien lo tenaz y discolo de su génio, y no dudaba, que intentaría alguna otra empresa.

II.

Triste y pensativo Felipe II por la estraviada conducta de su hijo, meditaba en silencio la desgracia que sería para la nación, si llegaba á empuñar las riendas del gobierno un hombre tan indócil, tan impetuoso, y de tan torcidas intenciones. Estaba ya convencido de su incorregibilidad, y temía, que en alguno de sus arrebatos comprometiese su dignidad, y tal vez la suerte futura de la España. Además el deseo que en todos sus actos manifestaba el príncipe, de sacudir el yugo de la autoridad paternal, y de huir á toda costa de su presencia, le tenían en un continuo desvelo y ansiedad, y no solo procuraba con maña saber cuanto el príncipe hacia y decía, sino encargó la mayor vigilancia á todas las personas de quien él podía fiarse con seguridad, para que pusiesen en su conocimiento cuanto supiesen acerca de su hijo.

El emperador Maximiliano había ya propuesto el casamiento del príncipe Carlos con su hija la archiduquesa doña Ana, pero Felipe II conociendo la indole de su hijo no había accedido; y aunque entonces no podía pensarlo porque vivía Isabel, es cosa notable que el pa-

dre había de tomar por esposas á las destinadas para el hijo. Estuvo comprometido el príncipe con Isabel de la Paz, y se casó el padre con ella; quiso despues á doña Ana de Austria, y fué luego cuarta muger de Felipe II. Carlos enfadado por la negativa de su padre continuó tratando de secreto con el emperador para efectuar la boda, calculando, que entonces no se le podría negar la licencia, y lograría su objeto de salir de España; mas el rey, que lo sabía, suscitaba siempre nuevas dificultades, y el príncipe se encontraba siempre atajado.

Mientras andaban en estos negocios, comenzó la rebelion de los Países Bajos, y la política de Europa, enemiga de Felipe II, encontró allí un punto de apoyo, y un arsenal de armas para mortificar y ocupar al rey católico, sublevándole aquella parte de sus estados, donde se gastaban sus fuerzas, y se consumían con la guerra inmensos tesoros. También Carlos creyó encontrar en aquella rebelion un apoyo para verificar su intento de salir de España, y comenzó á mandar con independencia de su padre, ya porque éste le enviase á gobernar aquellos países, ya escapándose, y presentándose en ellos, si podía. Se dice que los rebeldes de Flandes le convidaron á que fuese, prometiéndole el dominio de aquellos estados y aclamarle por rey, y que Carlos había aceptado, porque todo lo que tenía algun viso de mando é independencia alhagaba su orgullo, y estaba muy conforme con sus ideas; y aunque no se ha publicado aun documento alguno relativo á su correspondencia con los rebeldes, los hechos siguientes hacen muy probable que la tuvo. (1)

A 15 de julio de 1566, llegó á Madrid Flores de Montmorency señor de Montini, y poco despues el marqués de Berghes (que se había detenido en el camino por enfermedad) comisionados por los Países Bajos, para arreglar con Felipe II los asuntos de aquellos estados. Mientras desempeñaban su comision, y el negocio se veía en el consejo real, Montini valiéndose de Vandomes, caballero de la cámara del rey, entabló relaciones con el príncipe. Este dió favorable acogida á sus indicaciones, y cuando á nombre de los estados de Flandes, le ofreció dinero, y todo lo necesario para el viaje si se resolvía á ir, Carlos contestó: *que aceptaba la jornada, y el ofrecimiento en caso que lo necesitase.* Gozoso con esta ocasion que se ofrecia de realizar sus deseos, avisó á don Juan de Austria, sin ocultarle los ofrecimientos de Montini, á nombre de los estados, y su consentimiento. El tío le hizo algunas prudentes reflexiones, haciéndole ver las fatales consecuencias á que se esponía; pero viendo al príncipe decidido, y temiendo por la seguridad del reino, dió al momento parte á su hermano.

Grande fué el compromiso en que se encontró el monarca; porque si daba publicidad á este hecho prendiendo á los comisionados, se veía también en la dura necesidad de publicar el compromiso de su hijo; y si los dejaba en libertad y disimulaba, los comisionados, continuarian en su plan, y el príncipe podría comprometerse hasta un extremo, en que el desenlace podría ser funesto. Para salir de tamaño apuro, recurrió á su misteriosa política, á su fecunda, aunque no siempre justa sagacidad. Llamó á Rui-Gomez y le dijo: es preciso hacer de modo, que los comisionados por los Países Bajos, cometan algun desacato por lo cual se les pueda prender, como por ejemplo, que faltando al respeto debido á mi real palacio, pongan en él mano á las espadas, ú otra cosa semejante, para que sirva únicamente de pretesto á su arresto, y aun ellos mismos ignoren el verdadero motivo. Rui-Gomez les tendió al momento el lazo, y la

(1) Lo que sigue acerca de los rebeldes, y demas hechos hasta la prision del príncipe, lo trae don Lorenzo Vanderhammen en su historia de don Juan de Austria.

orden del soberano fué ejecutada con tan buen éxito, que á muy pocos días ya un alcalde de corte tenía preso á Montini en el alcázar de Segovia, y Mr. Vandomes quedó encerrado en la Mota de Medina.

Mucho sintió Carlos el arresto de ambos, y aunque con el ardor de su padre no conoció que su secreto estaba descubierto, se encontró cortado en sus tratos secretos. Sin embargo no por esto desistió de su empresa de pasar á Flandes, ya fuese con consentimiento de su padre, ya escapándose, de lo cual dió una prueba evidéntísima: pues cuando el rey nombró al duque de Alba por gobernador y capitán general de aquellos países, el príncipe, mirando este nombramiento como un obstáculo para sus planes, porque conocía muy bien la entereza y lealtad del duque, se enfureció tan extraordinariamente, que habiendo el de Alba pasado á despedirse y besarle la mano antes de su partida, no pudiendo reprimir su cólera le dijo como un furioso: *no habeis de ir, pues á mí toca este viage; y no lo hagais, pues si me contradecis, os he de matar*. El duque que conocía muy bien el carácter violento del príncipe, se escusó lo mejor que pudo, alegando el mandamiento y voluntad del rey, al cual no podía desobedecer, y se retiró de su presencia.

Luego que Carlos vió que el duque se había embarcado para su gobierno, y que la prision de los comisionados continuaba, conoció que ya aquella empresa era irrealizable, ó al menos muy difícil, y así volvió á instar sobre el casamiento proyectado con doña Ana de Austria, pero el rey no hacía mas que entretener este asunto, por que estaba convencido de que su hijo era inhábil para el matrimonio y el gobierno. Viendo atajados todos los caminos que emprendía, vivía desasosegado y furioso; se desataba en dictérios contra el cardenal de Espinosa y Rui-Gomez, creyendo que ellos eran los autores de sus desgracias, los que aconsejaban á su padre, y le revelaban sus designios; y miraba con sospecha á cuantos le rodeaban, escepto á su tío don Juan, de quien no sospechaba que pudiese faltarle. Cansado ya de este estado tan violento, y de sufrir repulsas de su padre, se resolvió á escaparse y pasar á Alemania y efectuar su casamiento á pesar de su padre. Para verificarlo necesitaba dinero, y ya antes había enviado á su ayuda de cámara Garci-Alvarez Osorio con cartas para los grandes y títulos, pidiéndoles en ellas le ayudasen para un negocio que se le ofrecía. Los grandes le contestaron todos: *que estaban prontos á servirle*, pero la mayor parte añadiéndole la condición, *de que con tal, que no fuese contra su padre*. Solo el almirante remitió su carta al rey, suplicándole, *examinase el intento de ella*.

Por este tiempo volvió Osorio de su comision, y trajo buena cantidad de dinero, pero no tanto como Carlos creía necesitar, mas sin embargo la buena contestacion de los grandes, y una cantidad no despreciable que había reunido, le alentaron mas para su intento. Consultó como lo acostumbraba, su proyecto con don Juan de Austria, y aunque este le advirtió de lo arriesgado de la empresa, lo fácil que sería que su padre lo supiese, mucho mas cuando para reunir el dinero había dado conocimiento á tantos, y en fin, el peligro que corría si el rey lo llegaba á saber de cierto; le dijo sin embargo, que le ayudaría hasta morir, si necesario fuese. Esta promesa, era lo único que á Carlos le faltaba para afirmarse en su propósito, pero su tío ya no era entonces mas que un confidente del rey, que por su conducto sabia cuanto el príncipe meditaba.

Carlos, ansioso de reunir la cantidad que creía necesaria, y viendo que el viage era preciso dilatarlo para esperar alguna ocasion favorable, volvió á enviar á Osorio á Valladolid y Burgos con la misma comision de buscar dinero; pero viendo que allí se recogía poco, y se gastaba mucho tiempo, le pareció sería mas acertado pasase á Sevilla, con cuyo objeto le escribió la carta siguiente:

EL PRINCIPE.

«Garci Alvarez Osorio, ayuda de mi cámara, á los 19 del pasado respondí á vuestra carta de 17 del mismo, con «Juan de Nodar mi lacayo, lo que habreis visto; y anoche recibí otra de Cuadra, de 27 del dicho, en que entre otras cosas dice: que habiendo presentado la carta de aviso y «cédula de los siete mil ducados del Mariscal Bernuy á «quien venia dirigida, respondió lo que vereis por la copia del capítulo que va con esta. Hablarle heis, sin «mostrársele, porque se agraviaría; y trataréis que envíe «la orden que conviene, de manera que se acepte libremente, y cumpla en esta feria. Y así mismo cobrareis «recuerdo de los quince mil ducados que ha ofrecido de «pagar en la de mayo al dicho Cuadra, ó á quien su poder «oviere, sin que haya falta. Y hecho esto, le entregareis «mis cédulas que os envié, si ya no lo hubiéredes hecho.

«Pareceme que con cuantas diligencias ha hecho Cuadra en la feria y en Valladolid y Burgos en virtud de «las cartas de creencia, que le envié, no ha sacado mas «de solo seis mil ducados á Hipólito Affaitati; y habiéndose «hecho aquella cuenta, de lo que forzosamente he menester para cumplir lo que tengo ordenado, parece que «llegan á seiscientos mil ducados: por lo cual he acordado, que en recibiendo esta vais á Sevilla, y trabajéis «por todas las vias que pudiéredes, de sacar buena cantidad ayudandoos del conde de Gelves, á quien escribo sobre ello de mi mano, y de Juan Nuñez de Illescas, «para que os alumbren, y prevengan de lo necesario, «para cuyo efecto os envío doce cartas mias en vuestra «creencia y en blanco: sobreescribirlas heis para las personas que allá os pareciere convenir, poniendo solamente fulano, y con esta va copia de ellas para mayor «informacion y prevencion vuestra. Y habeis de tener entendido, que no solo habeis de procurar de haber los dichos cien mil ducados, pero todo lo mas que sea posible, «con el secreto y decencia que se pueda, encargándolo así «á los con quien lo tratáredes, y á pagar á los mas largos «plazos que con voluntad de las partes pudiéredes. Y de «vuestra llegada á Sevilla y de lo que allí hiciéredes me «avisareis, pues habrá aparejo con los correos que vienen «de ordinario á esta corte, usando en todo de las diligencias y buen modo que yo confío de vos, y conviene «á nuestro servicio, siendo cierto que en ello me lo hareis «acepto. De Madrid á 1.º de diciembre de 1567.—Yo el «príncipe—Por mandado de S. A.—Martin de Gaztelú.»

La copia de las doce cartas credenciales que adjuntas remitía, decía así:»

EL PRINCIPE

«Garci Alvarez Osorio, ayuda de mi cámara, que esta «os dará, os hablará y pedirá de mi parte cierta cantidad «de dinero prestado, para una necesidad forzosa y urgentísima; os ruego y encargo mucho que lo hagais, que «allende que correspondereis con la obligacion de vasallo «me hareis sumo placer. Y en lo que toca á la paga me «remito al dicho Osorio, que lo que él hiciere doy por hecho. De Madrid á 1.º de diciembre de 1567.—En esto me «hareis sumo placer.—Yo el príncipe,

Mientras Carlos se ocupaba de este asunto, su padre que nada ignoraba, traspasado su corazon de sentimiento, meditaba en su interior; qué remedio podría encontrar, para atajar el mal gravísimo que le amenazaba con los intentos de su hijo! Y él había apurado sus propios recursos, había hecho cuantas diligencias había podido, y no le quedabamas que recurrir á la fuerza, lo cual tenía tambien sus inconvenientes, atendida la cualidad de príncipe

heredero, su carácter furioso y vindicativo, y su edad. Recurrió á Dios con mucha devoción, pidió consejo á muy doctas y virtuosas personas, y lo trató en su consejo, deseando le presentasen un medio para salir de tan estrechado apuro, y ya que no pudiese hacerle cambiar, al menos modificar algun tanto aquel genio indomable. Mas el principe llevó las cosas tan adelante, que Felipe II no pudo dudar en el partido que debía elegir,

Las últimas cartas y la diligencia y actividad de Osorio fueron tan eficaces, que en pocos dias reunió mucho dinero, y se volvió á Madrid. Carlos que vió reunida una suma bastante crecida, aprovechando la ocasion de estar su padre en el Escorial, determinó verificar la fuga, con cuyo fin envió á decir al correo mayor, que al momento le aprestase ocho caballos de posta. El correo para ganar tiempo le contestó, que estaban todos en las carreras, pero que al punto que volviesen seria servido S. A. El principe que no sufría dilaciones ni excusas, le envió segundo mandato, para que presentase los caballos sin alegar mas pretextos, y el correo no atreviéndose á contradecirle, le envió los que tenía y él en persona corrió á dar parte á Felipe II. Aquel monarca, que en medio de tantas y tan grandes vicisitudes se habia mantenido inalterable, se inmutó al recibir esta nueva. Al momento salió del Escorial y fué al Pardo, en donde le visitó aquella misma tarde don Juan. A poco de haber llegado este último recibió un aviso del principe para que se viese con él, y hallándose con su hermano en una de las galerías, vió que Carlos, acompañado de otros cinco, venia por el retamar con direccion á palacio. Corrió don Juan de Austria y le salió al encuentro, y el principe que se fiaba de él, y contaba con él para su plan, le enteró de la llegada de Osorio, que traia ciento cincuenta mil escu-

dos de los seiscientos mil, que le habia enviado á buscar, con cuya cantidad tenía bastante para realizar la fuga, y lo demas lo remitiria en pólizas en saliendo de la corte. Por tanto, que estuviese preparado para emprender la marcha á la noche siguiente. Don Juan llevando adelante su disimulo, le aseguró que estaba pronto á seguirle, se despidió de él, y voló á palacio á dar cuenta de todo al rey. Este conoció que era necesario tomar medidas prontas y enérgicas, y sin detenerse se puso en camino para Madrid, siguiendo de cerca á su hijo.

Al entrar la noche del 19 de enero, de 1567, encargó Felipe II al duque de Feria capitán de su guardias que con sigilo tuviese preparada alguna fuerza, y pasadas las diez de la noche, se puso debajo del vestido la cota de malla, mandó llamar al principe Rui Gomez, á Don Antonio Enriquez de Toledo, á Don Gomez de Figueroa duque de Feria, todos de su consejo de estado y guerra, y haciendo á don Diego de Acuña, gentil-hombre de camara que tomase una vela para alumbrarlos, se dirigió en seguida á los entresuelos de palacio que caen á mano derecha, donde tenía su habitacion el principe. Este estaba ya acostado, y le acompañaba el conde de Lerma gentil-hombre de su cámara, don Fadrique Enriquez su mayordomo, y don Rodrigo de Mendoza que le estaba dando unas friegas en las piernas. Felipe II entró en el aposento sin hablar palabra, y se dirigió á la cama. Al verle Carlos se sentó prontamente en ella y lleno de cólera y turbacion le dijo: *¿Que es esto...? ¿Me quiere matar Vuestra Magestad? No, le contestó el rey, no os quiero matar, pero quiero poner orden en vuestra vida.* Alargó entonces la mano, tomando la espada que el principe tenía á la cabecera, la dió al duque de Feria diciéndole: *tomad; tendreis cuenta con la guarda del principe.*



¿Qué es esto...? ¿Me quiere matar vuestra magestad.

Metió la mano y registró debajo de las almohadas, donde encontró una bolsa de cuero con algunos escudos, y unas llaves doradas. Salió de seguida á la antecámara, donde hacían la guarda los monteros de Espinosa, y díjoles: *¿Hay mas que vosotros en palacio?* Fernán Sánchez de Angulo le respondió: *Señor, hay mas al servicio de la reina nuestra señora, y de la señora infanta de Portugal. Llamadlos, pues,* repuso el monarca, y pasó adelante á un aposento mas retirado dentro de la torre, en que había unos escritorios del príncipe, los abrió, reconoció, y volvió á cerrar llevándose consigo las llaves. Al volver por la antecámara, donde ya estaban reunidos los monteros les dijo: *Guardareis en la guarda del príncipe el orden que os diere el duque de Feria en mi nombre, con aquella fidelidad que siempre lo habeis hecho; y aunque no teneis costumbre de servir de día, hacedlo así, que yo tendré cuenta de haceros merced, y decidlo así á los demás compañeros.* Practicadas estas diligencias, volvió Felipe II á su aposento con los mismos que le habían acompañado, excepto el duque de Feria que se quedó custodiando al príncipe. Los caballeros que estaban con él se retiraron al momento, y el duque mandó poner su cama en la misma cámara del príncipe, junto á la puerta donde estaban los monteros de guardia. En esta forma continuó Carlos los diez primeros días de su arresto, pasados los cuales, en lugar del duque de Feria, se encargó de su persona el príncipe de Eboli Rui-Gómez, y para asistirle nombró el rey al duque de Lerma, seis gentiles-hombres de su confianza, y ocho monteros de cámara; todos los cuales juraron en manos de Rui-Gómez, ante el doctor Martín de Velasco, del consejo y cámara de S. M. y de Francisco del Hoyo secretario de cámara: *que guardarían al príncipe con toda fidelidad, y no dejarían entrar á nadie en su aposento sin espresa orden del rey.* Los nuevamente encargados, se acomodaron en una pieza grande de la torre, delante del aposento del príncipe. El conde de Lerma, de día colocaba su cama debajo de la del príncipe, y por la noche la sacaba y ponía á los pies. Le hacían la guardia dos caballeros y dos monteros repartiéndose por horas, de manera que siempre había en pie y despierto un caballero, y un montero, y además de día estaban á la puerta dos soldados de la guardia, y tenían las llaves de todas las puertas los monteros. (1)

Puesto el príncipe en arresto, el afligido padre meditaba en su ánimo apesadumbrado, las consecuencias de aquella medida fuerte pero indispensable que acababa de tomar. La carta que pocos días después, esto es, el 23 de enero de 1568, escribió al duque de Alba, dándole parte de los desmanes de su hijo y de su arresto, escrita en el abandono de la confianza y amistad, y con la verdad que inspira la seguridad del secreto, es una prueba incontestable de su profundo y amargo sentimiento, así como también de los poderosos motivos que dió el príncipe para llegar á medida tan fuerte (2). Dió también cuenta de haber puesto en reclusión á su hijo, al Pontífice, á sus estados, á las ciudades de voto en Cortes, y á los príncipes extranjeros de su parentela. Además, dado ya el primer paso, era necesario tomar una determinación, que asegurase el porvenir de sus reinos, y para entender en tan grave materia, nombró una junta compuesta del cardenal de Espinosa, Rui-Gómez de Silva, y el licenciado Bribiesca, á quienes encargó la formación del proceso. Para que les sirviese de guía, mandó que del archivo de Barcelona se tragese el proceso que don Juan II de Aragón fulminó contra su hijo el príncipe primogénito Carlos de Viana, y le hizo traducir

del catalán al castellano para ver la manera en que había sido dispuesto.

También consultó al mismo tiempo con gravísimos doctores, entre los cuales fueron el doctor Gallo, obispo de Orihuela; fray Melchor Cano, obispo de Canarias; y el doctor Navarro Martín de Azpilcueta, varones todos conocidos tanto por su vasta erudición como por su religiosidad, sin contar otras muchas personas, tanto seculares como eclesiásticas, á quienes pidió parecer además de los de su consejo. Todos unánimemente convinieron en que los desmanes del príncipe, no solo justificaban su arresto, sino que lo hacían indispensable para la salvación del estado, añadiendo ser precisa la formación de causa, para obrar según de ella resultase.

Algunos han asegurado, y entre ellos el Tuano, y el autor de la vida interior de Felipe II, que la causa fué cometida al tribunal de la Inquisición, y que los inquisidores le impusieron la sentencia de muerte; pero Salazar de Mendoza en el pasaje ya citado, Llorente historia de la Inquisición, Ferreras, Zúñiga, Colmenares, y casi todos los autores que han tocado este hecho lo desmienten completamente, y demuestran que la Inquisición nada tuvo que ver en este asunto.

Carlos llevó al principio su arresto con resignación, al menos en la apariencia; leía algunas horas, en particular sobre historia de España; conversaba con los que entraban á servirle, sin dar jamás señales de grande inquietud. Mas luego que comenzó á apretar el calor, sea porque no pudo reprimir por mas tiempo su genio altivo; ya por efecto de que su cabeza se trastornase, ó por desesperación, adoptó un método de vida perjudicialísimo á su salud, y en extremo desordenado. Se paseaba largas horas desnudo y descalzo por la habitación, que mandaba regar abundantemente; dormía las mas de las noches descubierto y al sereno; bebía agua de nieve con tanta abundancia, particularmente de noche y en ayunas, que parecía imposible pudiese resistirlo, añadiendo algunas noches el mandar que le rodeasen el cuerpo de nieve después de estar en la cama. Aunque las personas que le asistían se esforzaban para persuadirle que no cometiese tan perjudiciales desórdenes, les era imposible el estorbárselo, porque en intentándolo se ponía hecho una furia. A estas locuras añadió al fin la de comer mucha fruta poco sazónada, y otras cosas perjudiciales, de modo que en muy pocos días perdió el estómago en términos, que nada retenía de cuantas sustancias y medicinas le propinaron. Resolvió entonces no comer ni tomar nada, y estuvo once días sin pasar mas que agua. Estos desórdenes le causaron una calentura tan violenta, que le acababa por momentos. Entonces como católico se confesó y recibió los sacramentos, mandó que le enterrasen con los hábitos de santo Domingo y san Francisco, y el día 24 de julio de 1568 dejó de existir, librando con su muerte á su padre de un gran cuidado y compromiso; y á España de la gran calamidad, que (según el juicio de todos) le hubiese sobrevenido, si llegara á reinar.

Aunque Felipe II, había sufrido tanto con su hijo, aunque podía dar gracias á Dios de su muerte, sin embargo era padre, y su aflicción y sentimiento fueron muy grandes, como lo manifiesta la siguiente carta que dirigió al duque de Alba su confidente y amigo. Dice así:

«Mi primo: habiendo Dios sido servido de llamar á «si al príncipe, mi muy querido y mi muy amado hijo, «podeis considerar el dolor y tristeza en que me hallo. «Ha acaecido su muerte el día 24 de este mes, después de «haber recibido con gran devoción los santos sacramen- «tos los días antes, y de haber tenido un fin tan cristiano, «y con tanto arrepentimiento y contrición, que me ha «causado algun alivio y consuelo en medio de esta des- «gracia. Yo espero en la misericordia de Dios que él me «concederá su gracia y ayuda, para que conformándome

(1) Origen de las dignidades de Castilla y Leon, por el doctor Salazar y Mendoza. Lib. IV, parráfo 3.º impreso en Madrid en la imprenta real, año 1637.

(2) Colección de documentos para la historia de España etc. Tomo 4.º pág. 484

«con su divina voluntad sufra y pase esta tristeza con el valor y paciencia cristiana que él recomienda. Vos me dareis gusto haciéndolo saber á esos mis estados, y disponiendo se hagan los servicios, exéquias y demostraciones de luto acostumbradas en casos como este; escribiendo al mismo tiempo y encargando á los preladados y demas personas del estado eclesiástico y religioso, rueguen á Dios por su alma, y por que mis negocios vayan dirigidos y encaminados á su santo servicio, y para que digan, celebren, y hagan celebrar misas, oraciones y demas cosas que pertenecen al servicio de Dios; en lo cual vos y ellos me dareis gusto, y me hareis un muy grato servicio.—A tan estimado etc.—De Madrid á 25 de julio de 1568.—Felipe. (1)

Se asegura que antes de la muerte del príncipe estaba ya concluido su proceso, que en él se pedía la pena de muerte, y que Felipe II, habia firmado esta sentencia, por lo cual se le ha acriminado como cruel y poco amante de su hijo. Mas el haber firmado esta sentencia le honra. Porque ¿cuándo dió muestras de padre desnaturalizado? ¿Qué pudo hacer para corregir á su hijo que no lo hiciese? Y sin embargo, cuando se trató de la justicia, del bien de sus vasallos, cerró sus oídos á la voz de la naturaleza y solo escuchó la del deber. ¿Cuánto no sufriría el corazón de un padre, al tener que firmar la sentencia de muerte de su hijo, único varón, primogénito y heredero jurado de tan vastos dominios! ¿Qué angustia no sufriría al ver patentes los delitos que como monarca no podía menos de castigar! Sin embargo este costoso sacrificio se ha reputado un crimen, y sin aducir pruebas, sin considerar los antecedentes, se ha querido presentar al padre como el verdugo, como el asesino del hijo. Mas fuerza es confesar, que solo el odio de los extranjeros contra Felipe II, hubiera podido dar en su pluma alguna importancia al príncipe Carlos, para que por un hijo (según infinidad de autores) desobediente, discolito y turbulento, se desacreditase á un padre, cuya grandeza y fina política, aun así no han podido eclipsarse. Tal vez cuando se publiquen mas documentos sobre este hecho, cuando el proceso del príncipe no sea un misterio se haga justicia á Felipe II.

El proceso de este malogrado príncipe, unido al del príncipe Carlos de Viana, y á la version que de este último se hizo, mandó Felipe II, en el año 1592, que se depositasen en el archivo general de Simancas, y don Cristóbal de Mora comisionado al efecto, los colocó ambos dentro de un cofrecillo verde y los entregó en dicho archivo, (2) de donde se asegura haberlos estraido los franceses en la guerra vandálica que nos hicieron, llamada de la independencia.

El cadáver del príncipe Carlos fué depositado en el convento de santo Domingo el real de la villa de Madrid, donde estuvo hasta el 6 de junio de 1575 en que fué trasladado al Escorial, juntamente con el cuerpo de la

reina doña Isabel de la Paz, como consta por una carta que Felipe II dirigió al prior del dicho monasterio. En virtud de esta carta orden, despues de celebradas las exequias con mucha solemnidad, los restos del príncipe Carlos fueron colocados en un pequeño panteon ó bóveda que hay debajo de las gradas del altar mayor, de la que hoy se llama iglesia vieja. Esta es una hermosa capilla que fué lo primero que se edificó en el monasterio, para que los monges celebrasen los divinos oficios, mientras se edificaba el templo principal. Al colocarle en dicha bóveda se puso dentro de la caja una memoria, que decía así: *En este ataúd está el cuerpo del Sermo. príncipe don Carlos, hijo primogénito del M. C. R. D. Felipe, segundo de este nombre N. S. fundador de este monasterio de S. Lorenzo el Real, hijo de la princesa doña María su primera muger, el cual murió en la villa de Madrid en el Palacio real, vigilia del apóstol Santiago, á 24 dias del mes de julio de 1568, á los 25 años de su edad. Nació á 1.º de julio de 1543 en la villa de Valladolid. Fué depositado su cuerpo en la dicha villa de Madrid, en el monasterio de monjas de Santo Domingo el real, y de allí fué trasladado á este monasterio de S. Lorenzo el Real, por mandado del mismo rey su padre, á 7 de junio de 1575 (1)*

En la dicha bóveda estuvo depositado, hasta que concluido el panteon en tiempo de Felipe IV, fué trasladado con los demas cuerpos reales al llamado panteon de infantes, donde hoy se halla. La caja, que es de madera forrada de terciopelo negro, está bastante estropeada, á causa de que los franceses siempre dañinos para España, siempre émulo de nuestras glorias, pensando hallar en el descarnado cadáver del príncipe Carlos, motivos de acriminar á Felipe II, y creyendo poder aun rastrear que género de muerte habia sufrido, rompieron las cerraduras, levantaron la tapa de la caja, y descompusieron aquellos restos mortales, pero sin fruto. A consecuencia ahora están los huesos todos confusamente revueltos, y se descubren algunos restos medios podridos de la ropa, que se conoce haber sido toda de tela negra de seda, y los botones forrados de cordoncillo de seda y de la figura de los vulgarmente llamados de cabeza de turco.

El fin trágico de este joven príncipe ha suministrado á muchos poetas asunto para sus tragedias; á Campistron en su *Andronic* en 1683; á Chenier en una pieza que no llegó á representarse; á Otway, á Schiller, á Alfieri y otros.

Esto es lo que del príncipe Carlos y de su desgraciado término puede tenerse por cierto, porque lo confirman la mayor parte de los autores, que de propósito ó por incidencia han escrito sobre este hecho notable. Si algun dia su correspondencia, su proceso, y las consultas de su padre ven la luz pública, entoces tal vez tengamos que rectificar nuestro juicio, entretanto debemos seguir y descansar en la autoridad de tantos y tan entendidos historiadores.

JOSÉ QUEVEDO.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA BATALLA DE OTUMBA.

I.

Cuando los rápidos y asombrosos triunfos de Hernán Cortés le hicieron penetrar en la capital del imperio me-

jicano, apoderarse del monarca, á vista de sus atónitos vasallos, y traerle cautivo á su alojamiento, entonces fué precisamente cuando mas peligros le rodearon y cuando mas á pique estuvo de malograrse aquella expedición que con tanto acierto dirigía. Mientras vivió Motezuma, los indios se contuvieron algun tanto, creyendo que los españoles se hallaban bajo la salvaguardia de un emperador á quien tan acostumbrados estaban

(1) Se halla en esta carta una copia manuscrita en francés en la Biblioteca del Escorial, de la cual se ha traducido.

(2) Historia de don Juan de Austria ya citada.

(1) Historia de la orden de san Gerónimo por Fr. José de Sigüenza.

á respetar; mas cuando se convencieron de la vergonzosa humillacion de su monarca, cuando llegó el caso de que ciegos de furor atentasen contra su vida, una guerra de esterminio empezó entre ellos y los españoles.

Incierto era el porvenir que se presentaba á Cortés, y tristes reflexiones le afligian, al considerar las pocas y cansadas tropas de que podía disponer para asegurar la conquista de tan vasto imperio, en el que ya fermentaban sordamente agitaciones y se traslucian síntomas de descontento. Si esperaba la llegada de tropas españolas á la costa, sabía á ciencia cierta que no habian de venir para ayudarle en sus empresas, sino para contrariarlas y arrebatarle el fruto de ellas. Despues de el levantamiento de todos los mejicanos contra los españoles, forzoso le era abandonar la capital donde no podía sostenerse, donde bastaba cortar las calzadas é inutilizar los puentes, para dejarle tan sitiado como si se hallase en una isla. Para colmo de infelicidad, cuando al fin se resolvió la salida de Méjico, á pesar de haberla verificado con todas las precauciones que dictaba la prudencia, los tesoros, los bagajes y los mejores amigos que eran al mismo tiempo los mas valientes soldados, todo lo perdió Cortés en la noche de su funesta retirada: *noche triste* en que los españoles hicieron tan malogrados como asombrosos prodigios de valor. Nunca fué mas fatal la situacion del animoso caudillo; pero nunca se ostentó mejor su magnanimidad y su constancia.

Partió en fin, hacia Tlascala con las reliquias de su pequeño ejército: su continua vigilancia, su inalterable firmeza y su presencia de espíritu hicieron que no faltase la esperanza en el corazon de sus soldados, y que estos le siguiesen animosos por un terreno inculto, lleno de pantanos ó cortado por escabrosas montañas. Su marcha era inquietada sin cesar por destacamentos mejicanos que reforzados con los habitantes de los pueblos inmediatos al camino que seguian los españoles, los acometian tan pronto de flanco como por la espalda. De vez en cuando volvian caras los españoles para rechazar á un

enemigo que no osaba esperarles, y algunos ginetes escarmentaban á los mas audaces; pero no era tan fácil evitar el daño que hacian los muchos indios, que amparados de los troncos de los árboles y desde las colinas que dominaban el camino, disparaban á mansalva sus certeras flechas contra los españoles.

Acompañaban sus disparos con imprecaciones y amenazas, repitiendo con mucha frecuencia espresiones que indicaban se hallaba muy próximo el castigo de los españoles, y que estos caminaban al lugar de su completo esterminio: espresiones que transmitidas por los intérpretes, pusieron en nuevo cuidado á Cortés, quien no dudó de que todos los habitantes de aquella desolada comarca estaban de acuerdo con los mejicanos para acabar con sus tropas.

Ni aun por la noche, tiempo en que los mejicanos segun sus prácticas supersticiosas acostumbraban deponer las armas, estaban seguros los españoles. Si encontraban algun adoratorio, algun edificio abandonado, algun débil reparo donde pasar la noche, era para tenerla en continua alarma con la proximidad, movimientos y algarazas del enemigo. Ademas, el hambre que habia puesto á los soldados en la dura precision de comer maiz verde y frutos silvestres, habia debilitado sus fuerzas y por último, cuando creian haber llegado al fin de sus padecimientos en territorio mas seguro y apacible, entonces se vieron en la situacion mas apurada y en que mas necesitaban de todo su valor y energia.

II.

Apenas los primeros rayos del sol naciente iluminaron la vasta llanura de Otumba, situada en los confines del imperio de Méjico por la parte de Tlascala, cuando la vieron cubierta de un asombroso ejército enemigo. A doscientos mil hombres hacen subir algunos historiadores el número de los contrarios, cálculo que no parecerá exagerado, si se atiende á que los mejicanos, sedientos



Disparaban á mansalva contra los españoles.



Invocando, según su antigua costumbre, los santos tutelares de la España, tiró de su espada.

de venganza y resueltos á concluir de una vez con los españoles, habían congregado todas sus fuerzas con las de los pueblos inmediatos al camino, en aquella llanura por donde los fugitivos extranjeros forzosamente habían de pasar, y que era al mismo tiempo el terreno mas á propósito para combatir que había desde Méjico hasta Tlascala. Ofrecían vistoso espectáculo, tanta variedad de habitantes de las diversas provincias de aquel dilatado imperio, adornados con los trages é insignias de sus respectivos países, presentando aquella apiñada muchedumbre la mezcla mas heterogénea en cuanto la vista podía alcanzar.

Tan seguros estaban los mejicanos de alcanzar victoria, que según su antigua costumbre, venían engalanados con sus mejores joyas, presentándose en campaña con toda su pompa y riqueza para solemnizar el triunfo. Sobresalía en el centro del ejército la comitiva del general mejicano Cihuacatzin, que llevado en unas andas de varas de oro, con franjas y colgantes de plumas y pedrería, ostentaba en sus manos, para que fuese bien vista de todos, la sagrada insignia del imperio. Consistía esta insignia en un estandarte formado por una red de oro, pendiente de una lanza ó vara terminada por un frondoso penacho de plumas de varios colores. El ornato del general era correspondiente á su gerarquía y á la elevada comision que desempeñaba. Sobre la túnica interior de algodón listado, llevaba un cosetele de pieles rojas de venado con chapas de oro y nacar en el centro: los brazaletes y las correas de las sandalias también tenían chapas de oro, y el capacete incrustado de pedrería que llevaba en la cabeza, terminaba en un penacho de plumas amarillas, verdes y blancas, por entre las que subían espiguillas y ramatillos de oro, sin contar los cascabeles del mismo metal que pendían del borde inferior del casco. Colgábale además del cuello un gran collar de ocho vueltas de piedras verdes y rojas, eslabonadas con artificio, y del centro pendía una figura

de oro, tan maciza como extravagante; pero lo que hacia sobremanera vistoso á este collar era las bolas ó cascabeles de oro que á trechos colgaban de él.

Hombres eran los españoles que ni acostumbraban contar los enemigos, ni se asustaban por el número de ellos, y sin embargo, no podían descubrir desde aquella elevacion tan pasmosa muchedumbre sin cierto estremecimiento, al considerar que por medio de ella era forzoso abrirse paso, porque el volver atrás no lo consentía el honor nacional. Nunca habían visto los españoles tantos indios reunidos en daño suyo, y el mismo Hernán Cortés, al dar cuenta á su monarca de este suceso, asegura que en cuanto la vista podía alcanzar, no se encontraba un punto de territorio que no estuviese cubierto de enemigos; palabras dignas de crédito en quien tan bien sabía hermanar la ingénua veracidad con la modestia.

La calidad de los combatientes era otro obstáculo no pequeño: no eran ya los indios los que miraban á los españoles como unas divinidades indestructibles; los que se aterraban con su aire fiero y marcial, con la esplosion y efecto de las armas de fuego y los que no osaban hacer frente á el ataque de la caballería. Eran por el contrario, hombres bien convencidos de que tenían que habérselas con otros tan mortales como ellos, engreídos con la última derrota de la laguna de Méjico en que, merced á fatales circunstancias, habían obtenido sobre los españoles ventajas positivas. Estaban familiarizados con el aspecto y modo de guerrear de los extranjeros y aun armados con las mismas espadas y defendidos con las mismas rodela que les habían podido coger: eran en fin, rabiosas fieras incitadas por el odio mas encarnizado y el mas fuerte deseo de venganza.

Hernán Cortés antes que sus soldados empezasen á reflexionar, ó por lo menos á ponderar las dificultades de la empresa, tomó sus disposiciones para dar prontamente la batalla y mandó que avanzasen hacia el enemi-

go. Antes de dar la señal de acometer, invocando, según su antigua costumbre, los santos tutelares de la España, tiró de su espada y volviéndose hacia los suyos les dirigió estas palabras:

—Si no tuviera tan conocido, ó amigos y compañeros míos, vuestro valor y ardimiento, me parecería tamaña empresa la de resistir á ese inmenso ejército que se nos presenta á la vista; pero testigo constante, cuando no imitador de vuestras hazañas, confío en ellas lo suficiente para acometer á los enemigos en su propio campo donde tan orgullosos nos esperan. Tan improvisa acometida les hará conocer cuan en poco los tenemos y que no hemos perdido la costumbre de vencerlos. Ni ya es posible dejar de hacerlo; volved los ojos á todos los pasos y desfiladeros de las montañas, y decidme si hay uno siquiera por donde no tengáis que abriros camino con las armas en la mano. Franco y desembarazado que estuviese el camino, vosotros tampoco le seguiríais, porque retroceder á vista del enemigo era lo mismo que dar alas á su audacia, era lo mismo que dejar abandonados á su bárbara ferocidad á esos indios que siguen nuestras banderas: hasta los mismos pueblos que han hecho alianza con nosotros, los mismos que hoy nos dan mayores pruebas de fidelidad, serían los primeros á volverse en contra nuestra, así que advirtiesen en nosotros señales de cobardía y de flaqueza. Si los enemigos se nos presentan reunidos con todo el poder de su imperio, ventaja y muy grande es esta para nosotros: venciéndonos aniquilaremos este de una vez, y nos ahorraremos muchos combates y fatigas. Considerad que este es su último esfuerzo, y que solo os falta humillarle para confirmar esa reputación de invencibles que habeis adquirido en el nuevo mundo. Dios que ha probado vuestra constancia os reserva hoy el premio de ella; vuestro rey y vuestro general tampoco elvidarán las recompensas que merezcáis. Sois españoles... habeis prometido sacrificaros por vuestra religion y por vuestra patria: ea pues, seguidme, yo os guiaré al combate y á la victoria.

III.

Comunicó tal entusiasmo Hernan Cortés á sus soldados con las sentidas razones de su arenga, que sin dar lugar á la reflexion y sin detenerse para aprovechar los tiros de los arcabuces y ballestas, se lanzaron con su acostumbrada intrepidez al enemigo. Sangriento fué este primer choque, porque los obstinados mejicanos se oponían con firmeza extraordinaria al paso de la pequeña tropa española, que avanzaba sin embargo llevando protegidos sus flancos por la caballería, rompiendo y causando grande estrago en las filas enemigas. Cuando estas se desbarataban, otras y otras se presentaban de refresco, y forzoso era, que sino el valor, al menos las fuerzas se habian de acabar á los españoles en tan desigual y prolongada pelea. Llegó el caso en que diseminados entre los indios y envueltos por todas partes, ya sucumbían de fatiga despues de cuatro horas de un combate terrible. Hernan Cortés, metiéndose á caballo por entre la muchedumbre que no osaba resistirle, acudia á los puntos mas débiles, procuraba reunir los dispersos, animaba á los suyos con la voz y con el ejemplo, y libraba de una muerte horrorosa á los prisioneros que los feroces enemigos llevaban á sacrificar. Todos sus soldados se agrupaban al rededor suyo como junto á su ángel tutelar; mientras que él, con mas serenidad cuanto mayor era el peligro, dirigia la accion con fria intrepidez, y con aquella presencia de espíritu que nunca le abandonaba á vista del peligro: fecundo en sublimes y oportunos recursos, y pronto y audáz para ejecutarlos, halló en aquellos criticos momentos uno extraordinario, al que indudablemente debió la victoria y salvacion todo el ejército.

Ofrecióse de improvizo á su vista el estandarte imperial de los mejicanos, que descollaba desde las andas sobre una muchedumbre á la que parecia infundir nuevo aliento y conoció desde luego, que el apoderarse de aquella insignia, valia tanto como decidir á su favor la suerte



Y rematando al indio, le arrancó la codiciada insignia.

de la batalla. En las supersticiosas costumbres de aquellos pueblos que Cortés tenía bien observadas, el destino de los combates pende de la conservación del estandarte imperial, y los indios por grande que sea su bravura quedan medrosos y consternados, así que ven aquella insignia, para ellos tan sagrada, abatida por tierra ó en poder de los enemigos.

Con ánimo, pues, de apoderarse á toda costa del estandarte, llamó Cortés á su lado y reunió con los que escoltaban su persona, á sus mas valientes capitanes, á su favorito Alvarado, al enérgico Sandoval, al temerario Cristóbal de Olid, Alonso Dávila y todos los que aun conservaban caballos. Así que les comunicó su designio, partieron arrollando cuanto encontraban y atravesando aquellas masas compactas para apoderarse del estandarte; mas no era esta tan fácil empresa como pensaban. Precipitáronse á defenderle los guerreros de mas nombradía que eran la flor del ejército mejicano, formando una valla impenetrable, unidos á la guardia de honor que escoltaba las andas, bien provista de fuertes lanzones y grandes rodela guarnecidas de plumas. La defensa que harían aquellos hombres juzguela el que sepa, que era una de las máximas de su arte militar el dejarse hacer pedazos antes de consentir les arrebatasen aquella insignia de que pendía su salvación.

En aquellos momentos críticos desplegó Hernán Cortés todo su valor y gritó con energía á los que le acompañaban:

—Ahora, amigos; ahora es la ocasión de vencer ó morir!

Animando con su ejemplo mas bien que con las palabras y metiendo espuela á los caballos, que en sus bruscas arremetidas siempre infundían nuevo pavor á los indios, se consiguió romper por medio de ellos hasta llegar á parage desde donde Hernán Cortés alcanzó con un buen bote de lanza al general mejicano; el desgraciado Cihuacatzin cayó rodando por el otro lado de las andas, y sin soltar su estandarte fué á dar con él en tierra empapándola en la sangre que brotaba de su ancha herida. Un español llamado Juan de Salamanca, persona de calidad,

á pesar de que no tenía grado ninguno en la milicia, se arrojó prontamente de su caballo y rematando al indio, le arrancó la codiciada insignia que puso en manos de su general.

La intrepidez de este soldado fué la que tiempos después premió el emperador, concediéndole títulos de nobleza y el que colocase el penacho del estandarte mejicano, sobre el escudo de sus armas.

Los indios, conforme se había esperado, así que vieron por tierra su reverenciada insignia, cayeron en el mayor abatimiento y empezaron á retirarse, al principio lentamente, hasta que yendo en aumento la consternación, arrojaron las armas y huyeron á las montañas en espantoso desorden. Si los españoles no hubieran estado rendidos de fatiga, pudieran haber hecho en ellos una carnicería horrorosa; pero ya era pasado el primer ardor del combate y el enemigo quedaba suficientemente escarmentado. Contentáronse con dejar libre el espacioso campo de batalla y atendieron con mas diligencia á cebarse en el rico botín de que se veía cubierto. Tanto los españoles como los tlascaltecas auxiliares, se indemnizaron de las pérdidas sufridas y se enriquecieron con los despojos de los mejicanos que habían venido ataviados como para una fiesta. Encontraron además viveres en abundancia y cuantos socorros podían necesitar en sus fatigas y dolencias, porque no había un solo español de cuatrocientos cuarenta que sobrevivieron á esta jornada, que no estuviese herido, incluso el mismo Cortés, á quien dieron una fuerte pedrada en la cabeza.

Desde entonces la situación de los españoles se mejoró notablemente, su marcha y entrada en Tlascala se verificaron con una pompa triunfal, y rehaciéndose de todas sus pérdidas volvieron al fin victoriosos sobre Méjico, cuyo imperio se puede decir que cayó con su estandarte. Por ventajas tan importantes y decisivas, los historiadores nacionales y extranjeros han considerado á el acontecimiento de Otumba, como la victoria mas brillante de cuantas los españoles obtuvieron en el nuevo mundo.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

CRONICAS MARITIMAS.

UN CRIMEN Y UNA VENGANZA.

I.

Margarita.

En una de las mas bellas noches de otoño de 1809, una de esas noches de luna y estrellas, de silencio y calma, el bergantin Nazareno con las gabias empapadas, surcaba en bonanza á pocas millas de la costa de Cantabria, dirigiéndose del Ferrol á Santander.

Iba á montar el cabo de Ortegal.

El mar se presentaba como un inmenso espejo del cielo: cada estrella reflejada en cada ola era un cambiante, y en medio de esta alfombra brillante, cristalizada, maravillosa, nuestro bagel se columpiaba ligeramente, proyectándose en ella como una figura vaga, aérea, indefinible; como una gigantesca ave de alas blancas y cuerpo negro.

Toda su pequeña tripulación dormía profundamente, excepto dos personas que conversando con misterio junto á la rueda del timón, dirigían el rumbo del velero buque.

Ambas personas, pues, que al parecer vestían iguales trages, trages de marino español mercante, compuestos de un chaqueton pardo abotonado, pantalon negro, y un

sombrero de paja embreado; se destacaban en la papa del Nazareno como dos bustos de adorno puestos por un capricho: tal era su inmovilidad y semejanza.

Eran el capitán y el contramaestre del bergantin... el capitán Miguel Bruquetor, uno de los jóvenes mas elegantes y agraciados de nuestra marina mercante en la época á que nos referimos, y Tomás Dols, joven tambien, y que sino era de tan buena presencia como su compañero, le aventajaba en marinería.

Hacia ya largo rato que dejáran de hablar y permanecían callados y pensativos: indudablemente hubieran continuado así, á no apretar un poco mas el vendaval.

Entonces el contramaestre llamó dos marineros de guardia y mandó cargar brioles sin consultar á su capitán.

Media hora después de concluida esta operación, reunió mas tripulantes y les ordenó se dispusiesen para una virada á barlovento.

Cuando un buque que como el que nos abre la escena, navega con viento contrario y necesita montar un cabo, la maniobra es de lo mas difícil y peligroso. Antes de lograrlo, tiene precisamente que bordear tres ó cuatro horas, describiendo muchos ángulos desde la orilla, cuyo vértice fija en el Océano. Lo que viene á adelantar en cada una de estas operaciones, es el espacio comprendido en cada lado del ángulo desde punta á punta.

Montar un cabo con viento contrario es coronarlo de ángulos.

Dispuesta ya la gente del Nazareno para la virada á barlovento, el contramaestre dió la voz preventiva, á la que los marineros respondieron con el *listos* de costumbre.

Entonces encomendando la salvacion del bergantin al cielo, subióse Tomás Dols sobre el gallinero de popa, dejando el timon en poder del capitán, que presenciaba aquella escena con un estoicismo completo, y mandó con su bronca y aguardentosa voz la virada.

Al punto el rumor de los cables, los sacudimientos de las velas y el *hurra! hurra!* que nuestros marineros tanto de rey como mercantes, plagiaron á los ingleses, resonaron sobre la cubierta como un concierto triste y seco, pero lleno de temor y magestad...

Aquello era un grupo de hombres luchando con el vendaval y el Océano, el Océano cántabro tan peligroso, tan consumidor de buques y de almas... era el triunfo del hombre sobre la naturaleza.

Pocos momentos despues, el buque se dirigia diagonalmente hacia la costa: volvió á reinar el mismo silencio de antes, volvieron los marineros á dormirse, y solo dos hombres permanecieron inmóviles cabe la rueda del timon.

Estos dos hombres eran los mismos que describimos al principio de esta crónica.

El capitán Bruquetor tiene la palabra.

—Sí, nuestro amo Tomás; es menester que cuanto mas antes lleve á cabo ese proyecto ó de lo contrario mi muerte es infalible, porque yo si me veo sin barco, sin dinero y sin crédito, me suicido.

—Mas... despues si se descubre? repuso Dols.

—Me matarán

—Y lo decis así, con esa serenidad! Reflexionásteis bien lo que vais á hacer, capitán?

—Si... si... bastante. Desde que perdí mi capital al juego, he visto que ese es el único medio de reintegrarme.

—Desistid, desistid porque jamás os ayudaré á consumir esa terrible obra.

—No... no... Desistir! Oh! no... desistir es morir. Tomás, mi buen amigo Tomás, esta noche antes que muera este cigarro que estoy fumando dejará de existir Margarita.

—Capitán!

—Qué te admira? Hoy morirá, hoy morirá, y dentro de dos meses Catalina Renglonini, la hija de ese comerciante italiano que hay en Santander, será mi esposa.

—Cuánto es el dote...?

—Sesenta mil duros: diez mil serán para tí como acedías á mis instancias.

—Es poco.

—Cinco mil mas...

—Es poco, es poco.

—Veinte mil, pues.

—Corriente: venga esa mano.

—Tomádlas.

Y ambos se dieron las manos. En aquel apretón que se dieron firmaron un contrato de muerte... el uno prometia matar y el otro pagar. Oh! miserable condicion humana!

En seguida ambos marinos entraron en la cámara con sigilo.

Tan pronto como el capitán puso los pies en ella, sus ojos animados de una espresion feroz, se fijaron en el hermoso rostro de su esposa Margarita que dormia tranquilamente en su litera... eran las miradas de una panteira al dar vueltas á la presa que tiene entre sus garras... eran las miradas del milano á la paloma.

Margarita era una niña bella como una sirena, amable y voluptuosa como una georgiana. En aquel instante parecia un ángel dormido de Lawrence.

El capitán Bruquetor hizo una seña al contramaestre pidiéndole un pañuelo. Cuando este se lo dió, se arrojó como una fiera sobre su esposa y se lo amarró á la boca para que la infeliz al despertar no diera gritos.

La cogieron en hombros aquellos dos hombres tan insensibles como las borascas que sufrieron en los mares, y la subieron á la cubierta, dejándola en la batayola de la murada de estribor.

La pobre niña forcejeaba mucho: agitaba sus desnudos pies y brazos desesperadamente, y se agarró con todas sus fuerzas á un andarivel.

El pañuelo que tenia en la boca la hacia padecer horriblemente....

Si así la dejarán morir... Oh...!

En esto su esposo que ya tenia preparados seis lingotes, se los amarró á los pies, y en seguida aquellos dos hombres de corazon de hierro la empujaron con fuerza al agua.

No cayó.

El cuerpo de Margarita describió un semicírculo en el aire y quedó pegado á un costado del bergantin pendiente de sus manos.

El peso de los lingotes estiraba tanto sus piernas que iban á desgarrarse por instantes.

Aquello era no dejar una parte del cuerpo sana: aquello era cien veces peor que los tormentos inquisitoriales... sobre todo el pañuelo en la boca.

—Debisteis haberle atado tambien las manos, murmuró el contramaestre; las tiene tan asidas al andarivel que no hay poder humano que las separe. Eh! yo ya no puedo mas; mientras despego un dedo otro se clava mas fuertemente. A ver si sois mas afortunado que yo.

El capitán no contestó nada; sacó del bolsillo de su chaqueton uno de esos disformes cuchillos que usan nuestros marinos, y empezó á cortar los dedos de su esposa con tanta indiferencia que hubiera asustado á otro cualquiera que le observára.

Entonces ya no hubo remedio para la hermosa niña; cedió su cuerpo á tan terribles cortaduras, agitándose en el aire de una manera estraña y produciendo un ruido confuso y siniestro al sepultarse entre las montañosas olas que desesperadamente baten las rocas de la costa de Cantabria, cuyo sombrío perfil se dibujaba á tales horas confusamente en el horizonte.

Crimen terrible!

Despues reinó un silencio sepulcral, interrumpido tan solo por el rechinar de los dientes de un ballenato al hundirlos en el pecho de Margarita.

II.

La promesa.

Hay en el Ferrol una calle estrecha, triste é irregular, inmediata al muelle de Cruceiras y formada de mezquinas casas y bodegas, entre las que llama la atencion una de un solo piso con balcon verde y dos ventanas rasgadas, por la blancura de sus paredes y por su aspecto sencillo y agradable.

En esta casa, pues, y en una de sus habitaciones principales, decorada con antiguos y limpios muebles, diez años despues de haber sucedido la terrible escena que acabamos de describir en el antecedente cuadro, un jóven como de unos veinte años, decentemente vestido, con las lágrimas en los ojos y el corazon transido de dolor, yacia arrodillado al pié de una cama, en donde una anciana moribunda con la vista fija en un crucifijo parecia orar profundamente.

Hacia una mañana nebulosa y fria.

—Gabriel, hijo mio...! murmuró la agonizante convoz seca y apenas inteligible; ya has oido la desastrosa muerte que llevó tu hermana, júrame pues por este Dios que te-

nemos delante que harás todo cuanto puedas por vengarla.

Y al decir estas palabras lentamente é interrumpidas á cada paso por la debilidad de la agonía y el estertór que despedía ronco y monótono, presentó el crucifijo al jóven.

—Lo juro, madre mia; clamó éste con el religioso entusiasmo que aquella escena difundía por sus venas, y estampando sus labios en la imagen del Señor en señal de asentimiento.

—Dios te bendiga, Gabriel, Dios te bendiga como yo lo hago; volvió á decir la enferma dándole la bendición al jóven.

En seguida derramó dos lágrimas, y se quedó tan inmóvil en su lecho como un cadáver en su ataúd.

¡Triste silencio!

Gabriel continuó del mismo modo, orando arrodillado al pié del lecho mortuario y con los ojos arrasados de lágrimas.

Aquello era un cuadro trivial, un hecho obvio y trillado como el empedrado de las calles; pero en el fondo, en el alma de aquel cuadro, el que comprendiera la venganza que la vejez demandaba á la juventud, la madre al hijo.... precisamente lo encontraría sublime, grande, religioso!

Media hora despues; del juramento, un temblor convulsivo contrajo espantosamente las facciones de la enferma; hizo un gesto horrible y se quedó con la boca abierta, y los ojos fijos.... y balbuceando inteligiblemente: Margarita.... Margarita.... el crepúsculo de su existencia, la agonía, había terminado.... la muerte substituyó á la vida.... la nada substituyó á la nada.

III.

El hermano.

¡Rara casualidad!

En aquel mismo instante el bergantín Nazareno entraba de arribada en el Ferrol desmantelado y lleno de averías.

Llovía mucho, muchísimo.

El mar alborotado elevábase en negruzcas montañas que se estrellaban contra las rocas de la bahía como si quisieran inundar la tierra; el trueno rebramaba en lontananza por entre mil espesas y agrupadas nubes, el rayo cruzaba por los espacios con su fulgor lívido; y el relámpago apareciendo de súbito y por intervalos anunciaba la salida de aquel con su fosfórico y fugaz lucir; aquella mañana era espantosa, aterradora....

Apenas sobrevino la noche sosegóse la tempestad, la luna apareció en un cielo negro como la Hermelina de Siberia, donde mil y mil estrellas centelleaban débilmente, y entonces era ya grato oír el canto del marino y el murmullo cadencioso de las olas que lamian suavemente los costados de los buques fondeados en la ría.

En medio de este silencio tan espresivo y lisongero, una pequeña barca gobernada por un jóven animoso, se deslizaba por la bahía con dirección al Nazareno.

Tan pronto como llegó á la proa del bergantín, se asió al moco del bauprés y de un ligero salto se plantó sobre cubierta.

—¿Quién va? gritó la ronca voz del marinero que se hallaba de guardia; y apenas tuvo tiempo para decir una palabra mas, pues el puñal del desconocido chispeó un momento ante sus ojos, enterrándose en su corazón, y haciéndole caer difunto dando con la cabeza en el cabrestante.

En seguida el jóven se precipitó á la escotilla de popa, la abrió y bajó con la velocidad de un tigre.

A la luz de la agonizante lámpara que ardía en una

mesa de la cámara, divisó el salteador la litera donde yacía dormido el capitán del buque.

Nadie mas dormía allí.

—¡Miguel, Miguel....! gritó sacudiendo los brazos del capitán; y luego que este despertó, sus ojos se fijaron espantados en el rostro del insolente que de aquel modo interrumpió su descanso, empezando á temblar visiblemente y exclamando aterrado como si mirara un espectro:

—¿Quién sois!! quién sois!!

—¿Qué no me conoceis, capitán Bruquetor...? Pues bien, yo os diré quien soy.—Yo tenía una hermana hermosa como la Virgen, pura y santa como ella misma. Un capitán mercante se enamoró de ella y se casaron. Aquel hombre era un jugador consumado y á los pocos meses de su enlace perdió todo su caudal al juego. ¿Sabeis lo que hizo despues para librarse de la miseria que le amagaba? sedujo á su contra maestre, y una noche entre los dos arrojaron al mar, frente al cabo de Ortegá, á Margarita....

—¡Gabriel!! Gabriel!! perdon....

—¡Ah! por fin ya me conoceis! mas aguardad, que aun no concluí mi historia.—El capitán se casó despues con una señora de Santander, muy rica, pero el imbécil no tuvo presente sin duda cuando cometió su crimen, que á Margarita de Niágora le quedaba Gabriel de Niágora para vengarla, que á la hermana le quedaba el hermano.... ¡Oh! si el asesino de Margarita lo fuera antes de Gabriel, tal vez este instante no fuese el último de su vida....

Al llegar aquí, alzó nuestro jóven el brazo armado del ensangrentado puñal, con ánimo de enterrarlo en el pecho del capitán del Nazareno; mas éste que ya preveía todo, se avalanzó á él con un valor desesperado y pudo sujetarle el brazo.

Gabriel palideció.

Ambos permanecieron un instante mirándose como dos fieras. En seguida se abrazaron con todas sus fuerzas y rodaron por el suelo dándose terribles golpes.

Gabriel se vió perdido: luchaba con tanto brio como su antagonista, empero el temor de que el capitán gritase y acudiesen sus marinos á socorrerle le dominaba.

Tan pronto se veía el uno encima del otro como debajo. Todo el afán del capitán era arrancar el puñal que Gabriel conservaba en su diestra sin poder herirle. Desesperado ya de no poder conseguirlo, le descargó tan terrible golpe en el pecho que le hizo derramar á borbotones sangre por la boca. Pero esta circunstancia le dió la vida al jóven: lo mismo fué recibirlo, que reunir todas sus fuerzas con la desesperación mas horrible, rugir como una pantera herida y plantarse sobre el capitán.

Entonces cerró los ojos, apretó los dientes, y con una rapidez increíble le clavó el puñal en el pecho.

El capitán ya no volvió á moverse mas.

La risa de la venganza satisfecha se dibujó en los labios del hermano de Margarita. Contempló un momento con brillantes ojos el cadáver de su víctima, envuelto en la sangre que corría de la herida que le había hecho, y le escupió en la cara.... mas ¡ay! su saliva era sangre!

VI.

Conclusion.

Apenas había transcurrido media hora, cuando Gabriel pálido y ensangrentado penetraba en la estancia de su difunta madre.

Se arrodilló ante el cadáver y oró.

Despues recogió el dinero que pudo y dándole un beso en la frente partió.

Dos meses despues y á la misma hora, un jóven español exalaba el último suspiro en Oporto, víctima de una enfermedad del pecho.

BENITO VICETTO Y PEREZ.

;

ESTUDIOS DE HERALDICA.

ESCUDOS DE ARMAS DE LOS REYES DE ESPAÑA.

«La historia de los hechos gloriosos de la edad media, está escrita en los escudos de armas.»
(VICTOR HUGO.)

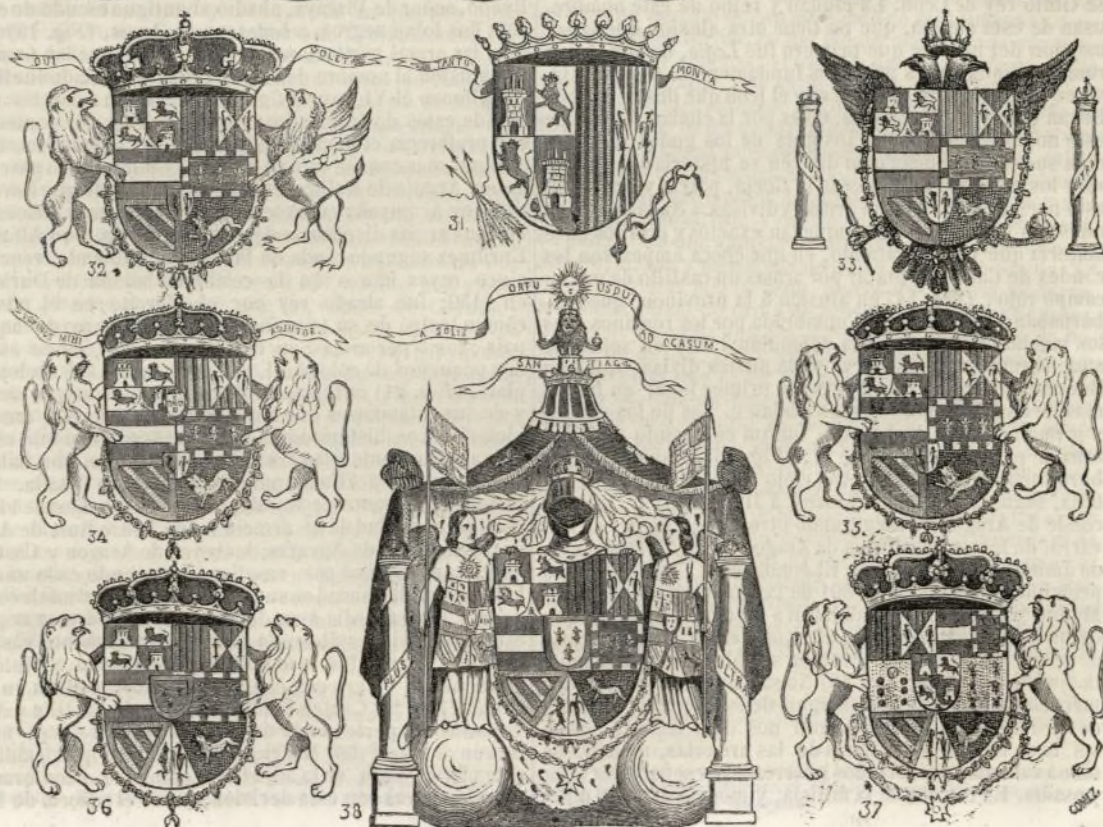
En la página 219 del segundo tomo del Museo de las Familias, se hizo una reseña del origen, progresos y principales preceptos del romanesco y noble arte de las armerías ó escudos de armas, y creemos no desagradará á nuestros lectores les presentemos aquí una ligera explicación de los que usaron en distintas épocas los reyes y señores de los diferentes estados cristianos, en que estaba dividida la península española. Dejando á los críticos el cuidado de dilucidar la porfiada controversia de si las divisas pintadas en los escudos, datan del tiempo de las cruzadas ó de una época mas remota; referiremos únicamente lo que del asunto que nos hemos propuesto, dicen nuestros mejores autores heráldicos, Avilés, Argote de Molina, Garma, Durán y Trelles, como tan peritos en la *heróica ciencia*. Aunque ya ya indicados quieren que el primer rey de España que hiciese uso de las armerías fuese *Brigo*, llevando por insignia un castillo por alusión á las muchas fortalezas que edificó, derivando de este y del leon que traían en sus escudos los reyes godos, las actuales armas de España: empezaremos nuestro relato desde la invasión de las naciones bárbaras del norte, verdadero origen de la hispana monarquía.

Los primeros que se derramaron á semejanza de un impetuoso torrente por España, fueron los suevos, que fundaron en 411 un reino considerable que comprendia todo el país que hoy llamamos Galicia, y una gran parte de la Lusitania ó Portugal. Estes llevaban por divisa de guerra un dragon verde, (*Fig. 1*) la misma que continuaron usando sus primeros reyes en España. Los godos que invadieron nuestra península al año siguiente, traían una osa negra, (*Fig. 2*) mas Ataulfo mudó esta insignia dividiendo su escudo en cuatro cuarteles; (*Fig. 3*) el primero de gules (1) y una corona de oro; el segundo de oro, y tres fajas de sable; (2) tercero de plata y un leon de gules, y cuarto de oro y otro leon de gules. Estas armas se veían pintadas en su sepulcro en Barcelona, y las llevaron sus sucesores hasta Wamba, que las mudó en un leon rojo coronado de oro, en campo de plata sobre unas ondas azules, (*Fig. 4*) y de estas usaron los reyes que le sucedieron hasta el desventurado Rodrigo. Nada nos dicen los autores que consultamos, del origen y alusion de estas armas de los primeros reyes españoles, mas desde aquí empiezan á disiparse algun tanto las tinieblas que envuelven la historia de aquellos siglos bárbaros, aunque no tanto como fuera de desear. Teodomiro, rey suevo de Galicia, habiendo reunido en 560 un célebre concilio en Lugo, donde abjuró el arrianismo, tomó por armas un copon ó caliz cerrado, de oro, rodeado de siete cruces *recruetadas* de lo mismo sobre campo azul, y por orla en campo de plata el lema *hic hoc misterium fidei firmiter profiteunt*. (*Fig. 5*) El motivo de elegir estas divisas fué porque los arrianos negaban la presencia real de J. C. en la Eucaristia, representando las siete cruces otras tantas ciudades que á la sazón habia en

Galicia; para perpetuar la memoria de aquel señalado suceso, dispusieron los padres del concilio estuviere siempre manifiesto el Sacramento en la catedral de Lugo, como se observa aun en el día. Galicia tiene por armas actualmente este blason de sus antiguos reyes, y aunque con ligeras modificaciones las ciudades de Lugo y Mondoñedo. Inundada España por los árabes, y alzada la gloriosa enseña de patria y libertad por el héroe don Pelayo, creyendo aquel célebre caudillo que uno de los móviles mas fuertes para el corazon de los españoles era la religion de sus abuelos, tomó por estandarte una cruz tosca hecha de madera de roble. Los historiadores de Asturias dicen la hizo á semejanza de una que se le apareció en el cielo antes de la famosa batalla de Covadonga, ó la del campo de Santa Cruz, cerca de Cangas, y que en memoria de tan señalado prodigio erigió en aquel sitio una iglesia con el título de Santa Cruz, la cual persevera aun en el día con esta advocación: en ella está sepultado su hijo el malogrado Favila, y es uno de los mas venerables recuerdos que nos restan de aquella edad. Las armas, pues, que pintó don Pelayo en su escudo, fueron una cruz de plata en campo azul, (*Fig. 6*) en representación del suceso que acabamos de referir. Por el mismo tiempo á sus primeros señores ó candillos de los vizcainos, á quien nunca dominaron los moros, llevaban por divisa el árbol verde de Garnica (que desde aquel tiempo es el emblema de las libertades de Vizcaya) en campo de plata, tras del cual asomaba una cruz en representación del *cantabrarío* (*Fig. 7*) ó estandarte de los antiguos cántabros, que tenia aquella figura. Contemporáneo de Pelayo, segun los mas de nuestros coronistas, fué García Gimenez, primer rey de Sobrarbe, elegido por 600 nobles que se reunieron en San Juan de la Peña, el cual traía por armas una cruz roja sobre un árbol verde en campo de oro, (*Fig. 8*) segun dicen, por habersele aparecido una cruz sobre un árbol en señal de la protección que el cielo dispensaria á aquel nuevo reino, que tomó por este suceso milagroso el nombre de Sobrarbe derivado de *Sobre-arbe* ó sobre el árbol. Siempre encontramos en la historia de aquel tiempo á la divinidad interviniendo directamente en todos los sucesos, y no solo en nuestra España; así vemos á los mas graves de los antiguos historiadores franceses asegurar bajó del cielo un ángel con una flor de lis en la mano para que sirviera de blason á Clodoveo; mas continuemos nuestra relacion. Un nuevo milagro vino á hacer variar las armas de los reyes de Asturias. Los sucesores del gran Pelayo llevaron la misma cruz que aquel adoptara por divisa, mas queriendo el rey don Alfonso el Casto adornar con una rica presea la nueva basilica del Salvador de Oviedo, que acababa de edificar por los años de 816, habiendo reunido porcion de oro y piedras preciosas de los despojos de una batalla que á la sazón ganara á los moros; no hallaba artífices bastante diestros para ejecutar su piadoso proyecto; cuando se presentaron de pronto dos peregrinos de bello aspecto, que ofrecieron al rey su rara habilidad. Aceptó éste su propuesta, y dióles los materiales necesarios y un aposento retirado en su propio palacio. Al cabo de pocos dias yendo el rey á ver el estado de la obra, no halló á los plateros, mas la cruz ya fabricada estaba en el aire despidiendo rayos de luz. Esta cruz se conserva en la catedral de Oviedo, y varias veces tuvimos el gusto de examinarla detenidamente. Es en efecto digna de atención por el prolijo trabajo con que están ejecutados sus bellisimos adornos; es toda de oro, y cubierta profusamente de piedras muy raras, algunas de las cuales son de gran mérito segun los mineralogistas. Tiene es-

(1) Rojo (2) Negro.

Escudos de armas de los reyes de España.



culpida la siguiente leyenda en el bárbaro latín de aquellos tiempos. *Este don permanezca en honra de Dios siendo recibido agradablemente: ofrécelo el siervo de Cristo Alfonso. Con esta señal el buen cristiano es defendido, con esta señal es vencido el enemigo. Quien quiera que presumiere quitármela, perezca con el rayo del Cielo, si nó cuando mi libre voluntad la ofrezca. Acabóse esta obra en la era 827.* Alfonso el Casto tomó, pues, por armas la cruz de que acabamos de hablar, sostenida por dos ángeles en campo azul, (Fig. 9) las que lleva todavía hoy la ciudad y catedral de Oviedo. Alfonso III el Magno queriendo imitar al rey Casto, hizo cubrir de oro y piedras preciosas la antigua cruz de roble que sirvió de bandera á Pelayo, y que estaba desde el tiempo de este rey en la iglesia de Santa Cruz de que hablamos arriba; tiene la inscripción siguiente tan semejante á la de los ángeles. *Recibido sea este don con agrado en honra de Dios, que hicieron el príncipe Alfonso y su muger Jimena. Cualquiera que presumiere quitar estos nuestros dones, perezca con el rayo de Dios. Con esta señal es defendido el piadoso, con esta señal se vence el enemigo. Esta obra se acabó y entregó á S. Salvador de la catedral de Oviedo. Hízose en el castillo de Gauzon el año de nuestro reino deiz y siete, corriendo la era 916.* Esta cruz, denominada de la Victoria, la usó por armas Alfonso el Magno en campo azul y á los lados el alfa y omega, símbolo del nombre de Dios; (Fig. 10) este mismo blason lo lleva el principado de Asturias, y la cruz sirve de guion en las grandes solemnidades religiosas. Inigo Arista rey de Navarra, que vivía en 840, dejada la divisa de sus antecesores los reyes de Sobrarbe, traía un escudo rojo sembrado de aristas de oro (Fig. 11) aludiendo á su sobrenombre, mas los reyes que le sucedieron, llevaron por largo tiempo solo el escudo de gules sin ninguna otra señal. (Fig. 12) Ordoño II, hijo de Alfonso el Magno, habiendo trasladado la corte desde Oviedo á Leon, tomó por armas uno rojo coronado, en campo de plata, (Fig. 13) y fué el primero que se tituló rey de Leon. La ciudad y reino de este nombre, usan de esta enseña, que no tiene otra alusion que la semejanza del nombre que primero fué *Legio*, de una legion romana que echó los primeros fundamentos, á aquella insignie ciudad. Otros quieren que el leon que desde Ordoño llevan los reyes de España, no es por la ciudad y reino de este nombre, sino por la insignia de los godos de quien eran sucesores, pues como dice en su historia Juan Olao. «En los antiguos edificios de la Gocia, patria y origen de esta nacion, se ven estas armas y divisas.» Nada nos dicen nuestros historiadores, aunque tan exactos y prolijos en la materia que vamos tratando, en qué época empezaron los condes de Castilla á pintar por armas un castillo de oro en campo rojo, (Fig. 14) en alusion á la provincia que gobernaban; (la cual fué así nombrada por los romanos, por los muchos castillos que la defendian;) mas en sellos de aquella remota época, se vé ya la misma divisa, que aun lleva aquel reino y que figura en primer lugar en las armas de España como veremos adelante. Las de los condes y primeros reyes de Aragon, fueron en escudo azul una cruz de plata en el canto de él; (Fig. 15) tambien por haberse aparecido otra tal en el cielo antes de una gran batalla, segun unos historiadores, á Jimeno Aznar, primer conde de Aragon, y asegurando otros, fué á un rey de Navarra, de los que pasó á los de Aragon cuando la separacion de ambos estados en 1035. El condado de Urgel que tuvo principio por los años de 801 de las conquistas que Carlo Magno y Ludovico Pio hicieron á los moros, usó siempre de un escudo *jaquelado ó ajedrezado* de oro y negro, armas de sus señores, las que pinta en sus blasones actualmente la ciudad de Urgel. (Fig. 16) No sabemos por qué adoptarian aquellos condes la insignia de los jaqueles ó tablero de ajedrez: esta figura, segun nos dice Avilés, «es de las mas nobles y antiguas de las armerias, no dándose sino á valientes y esforzados guerreros por señal de su valor y osadia. Es retrato de la milicia, y modelo del arte mili-

tar por representarse en el ajedrez, un campo de batalla, y en las tablas ó cuadros ordenados en hileras opuestas, los soldados que componen los ejércitos enemigos vestidos de diferentes libreas, y por eso el tablero de ajedrez lo ponen por armas aquellos que espusieron la vida al trance particular de una batalla.» Los condes de Barcelona que tuvieron principio en la misma época que los de Urgel, tenían por armas cuatro bastones ó palos rojos en campo de oro; (Fig. 17) su origen se refiere de este modo. Wifredo, por sobrenombre el Velloso, hallándose con los barceloneses en ayuda del emperador Ludovico Pio en una batalla contra los normandos, salió de ella tinto en la sangre que brotaba de sus heridas; el emperador mojó en ella cuatro dedos y los pasó por el escudo que llevaba en el arnés, dorado y sin divisa diciéndole: *estas serán de hoy, valiente conde, vuestras armas*, las que llevaron siempre sus descendientes. Don Pedro I de Aragon, ganó en 1096 á los moros la famosa batalla de Alcoraz, cerca de Huesca, y hallando entre los cautivos cuatro principes moros con riquísimas tocas ó coronas en las cabezas, hizo se las cortasen y las tomó por divisa en recuerdo de esta señalada victoria, pintadas de color gules en escudo á cuarteles en campo de plata, y en medio la cruz roja de S. Jorge que divide las cuatro cabezas. (Fig. 18) Por ser este santo, patrono de la caballeria cristiana, especial de Aragon, y haber peleado en aquella batalla en favor de los aragoneses, le erigió allí un templo el valiente rey. Los que le sucedieron llevaron las mismas insignias hasta 1157, que por el casamiento de Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona, con doña Petronila, heredera de Aragon, se acordó por un contrato se llevasen las armas de este reino en la cimera, y las del condado de Barcelona en el escudo, tomando tambien el que usasen los aragoneses el grito de guerra de *S. Jorge* que tenían los catalanes. Estas armas las conservan hoy los reinos de Aragon, Valencia, Mallorca y el principado de Cataluña. Don Diego Lopez de Haro el Bueno, señor de Vizcaya, añadió al antiguo escudo de este pais dos lobos negros, *cebados con corderos*, (Fig. 19) que eran las armas particulares de su familia, que las tomara por alusion al nombre de Lope ó Lupo muy usado en ellas.

Alfonso el VI, rey de Castilla y de Leon, usó las armas de estos dos reinos en cuarteles, (Fig. 20) poniendo con preferencia el leon al castillo, por ser aquel reino mas antiguo, mas considerable á la sazón, y por haberlo poseído antes. Argote de Molina, escribe vió el escudo que llevaba este rey á campaña en su sepulcro de Sahagun, y dice estaban sus armas dispuestas del modo referido. Don Alfonso Enriquez segundo conde de Portugal, habiendo vencido cinco reyes moros en la celebrada batalla de Ourique en 1159; fué alzado rey por el ejército en el mismo campo teatro de su triunfo, y fué el primero de aquel pais; tomó por armas en escudo de plata, cinco escudos pequeños de color azul, cada uno con cinco roeles de plata, (Fig. 21) en memoria de los cinco reyes que mató, y de sus estandartes que tambien ganó en aquella famosa victoria. Los historiadores portugueses dicen que estas quinas representan las cinco llagas de Cristo, por habersele aparecido á Alfonso antes de entrar en batalla. Habiendo el rey moro de Murcia, Lope, por los años de 1190, donado la ciudad de Al arracín á don Pedro Ruiz de Azagra, rico home de Navarra; los reyes de Aragon y Castilla exigieron les rindiese vasallage, alegando cada uno se hallaba aquella ciudad en su territorio, amenazándole con la guerra, si no accedia á su demanda. Don Pedro se negó á estas pretensiones diciendo que era únicamente vasallo de Santa María. Dió este nombre á su ciudad, y pintó en su escudo la Virgen con el niño en brazos, sentada en un trono. (Fig. 22) Contendiendo los reyes de Castilla y Aragon sobre la pertenencia de la ciudad de Molina, nombraron al conde don Manrique de Lara para que decidiese este pleito. Lara se la adjudicó á sí mismo, y conformándose los reyes con esta decision, fundó el señorío de Mo-

lina, tomando por armas las de aquella ciudad, que son dos ruedas de molino en campo azul por alusión á su nombre; (Fig. 23) las mismas que llevaron los señores que le sucedieron en aquel dominio, hasta que habiendo casado el infante don Alonso hermano de San Fernando, con doña Malfada Manrique hija de Gonzalo Perez, señor de Molina, trayendo en dote el señorío, mudó las armas de este en un brazo armado de oro en campo azul, la mano de plata, que tiene cogido un anillo de oro. (Fig. 24) Habiéndose reunido en Fernando III el Santo, en 1250, los reinos de Castilla y Leon, cuarteló las armas de ambos como en otro tiempo Alfonso VI, aunque con la diferencia de preferir el castillo al leon (Fig. 25) por haber heredado primero á Castilla por cesion de su madre Doña Berenguela, y el de Leon despues por muerte de su padre Alfonso IX; en esta disposicion continuan hasta el dia. Sancho VIII, el Fuerte, rey de Navarra, habiendo roto en la famosabatalia de las Navas de Tolosa, en 1212, las fortisimas cadenas que rodeaban la tienda del Miramolin, cargó con unas de oro el escudo rojo de sus antepasados, colocando en el centro una esmeralda que obtuvo del despojo. (Fig. 26) Véese un pedazo de aquellas cadenas en Santa Maria de Roncesvalles rodeando la sepultura de este rey: tambien se conserva parte en la catedral de Tudela, y estas armas son las actuales del reino de Navarra. Don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, tomó á viva fuerza la ciudad de Baeza el dia de S. Andrés de 1227; y por alusión á este santo aumentó las armas de su señorío con una orla de gules con ocho aspas de oro, que son las que lleva Vizcaya al presente. (Fig. 27) Por aquella época en 1257 el rey de Portugal Alfonso V, contrajo matrimonio con doña Beatriz de Castilla, hija bastarda de don Alfonso el Sabio, el cual dióle en dote el reino de Algarve que acababa de conquistar á los moros. En memoria de estos nuevos dominios que adquiriera, acrecentó sus antiguas armas con una orla roja con siete castillos de oro, (Fig. 28) que son las que hoy pinta el reino de Portugal. Don Jaime I el Conquistador, se apoderó de las Islas Baleares, y las cedió á su hijo, llamando tambien don Jaime, con el título de reino de Mallorca: éste adoptó por divisa los cuatro palos rojos de Aragon en campo de oro, aunque para diferenciarlas añadió una banda azul; (Fig. 29) este es el origen de las armas que hoy usa Mallorca. Don Pedro III de Aragon, habiendo heredado la Sicilia por derecho de su esposa, doña Constanza, unió las armas de aquel reino con las suyas, (Fig. 30) y continuaron de este modo hasta Fernando V de Aragon el Católico, que cuando su casamiento con Isabel I, reina de Castilla, en 1469, acordó una asamblea de grandes y prelados que los reinos de Castilla y de Leon, prefiriesen á los de Aragon y Sicilia, y estos á los demas no solo para titularse, sino tambien para poner y ordenar sus armas: añadiendo una granada por el reino de este nombre que conquistaron en 1492, y por empresa un manojo de flechas y un yugo con la divisa ó leyenda *Tanto Monta*. (Fig. 31) Su hija doña Juana, la Loca, única heredera de sus vastos dominios, unió al escudo de sus padres en 1504, por su casamiento con Felipe I, el Hermoso, los cuarteles de Austria, Borgoña y Flandes, estados que se incorporaron entonces á la corona de Castilla, ordenándose como hoy se ven, dando siempre la preferencia á las antiguas de España: adornó Felipe el escudo con el collar de la insigne orden del Toison de oro, de la que era gran maestro, y con su divisa propia *qui volet*, (Fig. 32) poniendo por tenantes ó soportes (1) á la derecha

un grifo por Austria, y á la izquierda un leon por España. Su hijo y sucesor Carlos V, Emperador, usó del mismo escudo que sus padres, diferenciando únicamente en que por soporte llevaba el águila esployada (1) la corona imperial de Alemania y las dos columnas de Hércules con la divisa de *plus ultra*, (Fig. 33) usando tambien por alusion al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, que tanta gloria dió á los españoles. Felipe II su sucesor llevó las mismas, aunque sin el águila ni corona imperial. Sus soportes, como los de los reyes que le sucedieron, fueron dos leones y la divisa *Dominus mihi adjutor*. Cuando heredó el Portugal en 1580, añadió las armas de aquel reino, (Fig. 34) en cuya disposicion continuó el escudo real de España hasta Carlos II el Hechizado, que habiendo reconocido la independencia de Portugal, dejó de llevar las quinas que representan este reino. (Fig. 35) Felipe V de Borbon alteró solo el blason de sus antecesores, añadiendo el escudo de Anjou, que son tres lisas de oro en campo azul, con la bordura de gules como duque de aquel pais. (Fig. 36) Ultimamente Carlos III añadió al escudo de España dos cuarteles con las armas de los duques de Toscana ó de los Médicis, que son en campo de oro cinco bolas de gules en orla con un tortillo de azul en gefe, cargado de tres flores de lis de oro, y las de los duques de Parma ó del apellido de Farnesio, que son en campo de oro seis flores delis de azul, uno y otro por su madre doña Isabel de Farnesio, heredera de aquellos estados, ornando tambien las armas con el collar y cruz de la orden española que fundó y lleva su nombre. (Fig. 37) Estas son las insignias que ostenta nuestra nacion, mudos pero gloriosos recuerdos de las hazañas de nuestros antepasados: concluiremos trasladando fielmente la explicacion que hace un erudito escritor contemporáneo de Felipe V, del grande escudo real de España con todos sus ornamentos, timbres y divisas. (Fig. 38) «El escud. es cuartelado y contra cuartelado de gules y un castillo de oro almenado de tres almenas y donjonado de tres torres; la del medio mayor, cada una tambien con tres almenas; el todo de oro mazonado de sable y abjurado de azul, que es de Castilla. 2.º y 3.º de plata y un leon de gules coronado de oro, armado y lampsado de lo mismo, que es de Leon; entado en punta de plata y una granada al natural mostrando sus granos de gules, tallada y hojada de dos hojas de sinople, que es de Granada. 2.º de oro y cuatro palos de gules, que es de Aragon moderno, partido de oro, y cuatro palos de gules flanqueado de plata, con una águila en cada lado, de sable, coronada de oro, picada y membrada de gules, que es de Sicilia. 3.º de gules y una faja de plata, que es de Austria moderna, sostenido, fajado de oro y de azul con la bordura de gules, que es de Borgoña antigua. 4.º de azul sembrado de flores de lis de oro, y la bordura componada, cantonada gules y de plata que es de Borgoña moderna; sostenido de sable y un leon de oro, coronado de lo mismo, armado y lampsado de gules que es de Brabante; entado en punta de oro, y un leon de sable armado y lampsado de gules que es de Flandes; partido de plata y una águila de gules, coronada, picada y membrada de oro, el pecho cargado de un creciente floronado de lo mismo, que es de Tirol; y sobre el todo de azul y tres flores de lis de oro con la bordura de gules, que es de Anjou. El escudo timbrado de una cascada de oro plazada de frente, enteramente abierta, forrada de terciopelo carmesí, adornada de lambrequines de oro, y armiños, y surmontada de la corona real de España; (1) rodeado el escudo con los collares del Toison de

(1) La corona de los reyes de España es formada de un circulo de oro enriquecido de piedras preciosas con ocho florones, semejantes á las ojais de apio, entrepuestos de una perla, levantados cupierlos de otras tantas diademas cargadas de perlas, cerradas por lo alto, y sobre ellas unido á la parte que se juntan, un globo de oro centrado y cruzado de una cruz llana de lo mismo, á causa de su título de rey católico. El primer rey que usó corona y vestiduras reales, fué

Leovigildo cuando se coronó en Sevilla en 574: la forma de estas insignias fué muy variada, hasta que desde Felipe II, se adoptó la que acabamos de describir.

(1) De dos cabezas.

(2) Llámense así en lenguaje del blason, aquellas figuras de hombres ó animales que sostienen el escudo, las que deben sacar, si es posible, del cuerpo de las armas.

oro, y de Sancti Spiritus, y por tenantes dos ángeles de *encarnacion* vestidos de levita, las dalmáticas de púrpura *cargadas* de las armas del escudo, surmontadas las del pecho de un sol de oro, teniendo cada uno una bandera del mismo blason *fustada* de oro y *armada* de azur, con la divisa de gules atada á lo armado de la bandera. El todo plazado y bajo un gran pabellon de púrpura sembrado de castillos y leones, forrado de armiños dobles; su *cumbre rayonada* de un sol de oro *cimada* de una corona de lo mismo, con un castillo y un leon naciendo de frente de gules, armado y lampado de oro, coronado de la corona real de España, teniendo en la garra derecha una espada de plata *guarnecida* de oro, y en la izquierda un mundo, cendrado y cruzado de lo propio, que es la cimera de España. La voz ó grito de guerra: *Santiago*, de gules en una lista de plata atada al castillo de la cimera. Por primera divisa surmontada á la cimera un sol y las palabras del salmo 49, *A solis ortu usque ad occasum*, de oro en una lista de gules; y por segunda divisa *acostada* á los tenantes las dos columnas de Hércules una á cada lado, de plata la base y capitel de oro, *liadas* con una lista de gules cargada del *plus ultra* de oro, surmontada la de la diestra de una corona imperial y la de la siniestra de la corona real de España.» Hechaya la explicacion del como fueron uniéndose los diferentes cuarteles que forman el escudo de España, tomaremos la que hace el autor á quien nos referimos de los ornamentos exteriores. «La celada de oro es destinada únicamente para los reyes, estando situada toda de frente y abierta en señal de dominio y de no reconocer superior. Los lambrequines de oro y armiños vienen de Maximiliano emperador. El collar del Toison, por ser el rey de España, como duque de Borgoña, gran maestre de esta orden. Los soportes de las armas reales de España son dos leones, por ser propios de las mismas; y el poner actualmente dos ángeles, es prerogativa es-

pecial de los reyes en representacion de la magestad, de ser dos los ángeles que tienen tutelares, estando vestidos de levita por simbolo de paz. El pabellon es un ornamento destinado únicamente para las armas de los emperadores, reyes y soberanos, que solo dependen de Dios y de su espada; el de España es de color de púrpura por ser la antigua divisa de Castilla, teniendo la cumbre rayonada de un sol por alusion del geroglífico de la divisa. La cimera de un castillo con un leon naciendo, es la que usaron nuestros reyes desde Carlos V, sacada del cuerpo de las armas, representándose en la espada que tiene en la diestra la rectitud de su justicia, y en el mundo de la siniestra el poder soberano, y el derecho que tiene á la mayor parte de él. La voz ó grito de guerra, Santiago, alude á la proteccion de este santo apóstol tutelar y patron de España adquirido en la batalla de Clavijo. La primera divisa *á solis usque ad occasum* con el sol por geroglífico manifiesta no salir nunca el sol de los dominios de España. La segunda divisa de las columnas con el plus ultra, la usó Carlos V desde 1547, para dar á entender convenian sus designios con las conquistas, adelantándolas donde las dejó Hércules, quitándole por esto la particula *non* que puso éste, creyendo no se podia pasar mas adelante. Simbolizan las dos coronas que surmontan las columnas, los dos imperios de América y Europa, cifrándose en las listas color de gules de la primera y segunda divisa, la que tiene el rey en sus banderas por jefe y soberano de la orden del Toison que es la de Borgoña, representándose en las letras de oro la justicia, la elemencia, la soberania, y el poder; y en la plata de las columnas la constancia y firmeza de los reyes de España contra los enemigos de la fé de Cristo.»

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

HISTORIA NATURAL.



Lobo cogido en el lazo